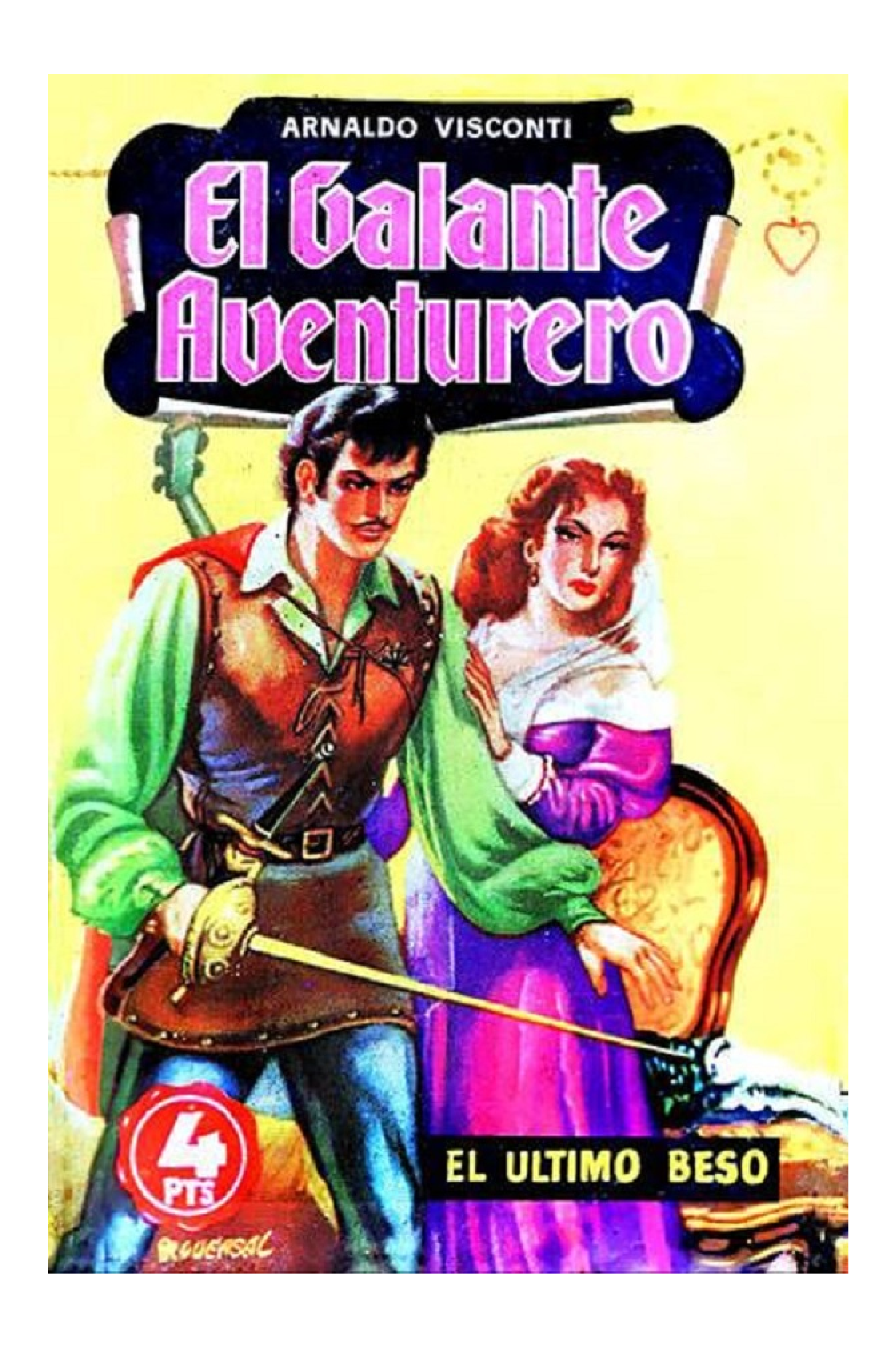

ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTS
EL ULTIMO BESO

EL ÚLTIMO BESO

El galante aventurero Nº 20

Autor: Visconti Arnaldo
UUID: a5474158-3fb3-42d2-b732-65c3bcbf1049
Generado con: QualityEbook v0.78


ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero

Impreso en
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA



PRIMERA PARTE

EL ÚNICO AMOR DE FIORENZA RINALDI

Capítulo I

UN NAVÍO BRITÁNICO EN 1507

COMODORO de la Marina Real de su Muy Graciosa Majestad Británica, y dueño después de Dios del velero “Belcorn”, dotado de veinte culebrinas, artillería naval modernísima que podía lanzar un proyectil de piedra pesando cien kilos a doscientos metros de distocia, lord James Fitzroy estaba de excelente humor por aquella mañana de otoño italiano que tenía todas las apariencias de una, primavera inglesa.

Hecha su minuciosa tarea de aseo, afeitado pulcramente, exhalando, un penetrante olor a espliego, lord Fitzroy, trasladóse de su camarote al comedor.

Sobre la gran mesa de roble, bajo el cuadro que reproducía la efigie del Rey, el “desayuno” de lord James Fitzroy estaba dispuesto.

En una fuente tres lonchas de tocino ahumado hacían compañía a tres huevos fritos, y en otra fuente varias tajadas de carne sangrienta nadaban en espesa salsa, junto a abundante coliflor. Un frasco de vino tibio, complementaba el desayuno.

En postura de centinela, rígido como un poste, el ordenanza Lackpol, esperaba los mandatos de “Su Honor”.

Lackpol era una de las curiosidades del “Belcorn”, con sus dos metros de estatura. Un coloso de cabellos apanochados, con ojos, de

un azul vacío de todo pensamiento, con pies de palmípedo, espaldas descomunales, y en el centro de la sonrosada cara una larga nariz blanca.

—Hola, Lack —saludó lord Fitzroy, tomando asiento—. ¿Cómo van los bíceps esta mañana, pedazo de bestia? ¿Estás en forma?

—Doy gracias a Su Honor por su interés. Estoy fuerte. Lackpol siempre está fuerte para lo que Su Honor quiera mandar.

—¿Hay novedades?

—Lackpol tiene noticias para Su Honor.

—¿Sí? Oigámoslas.

—No han regresado aún los hombres que partieron por tierra con el tercer contramaestre Davis, Su Honor.

—Si no tener noticias es una noticia, siempre me das noticias, cacho de buey. ¿Qué más sabes?

—Que los franceses se han retirado de Nápoles, Su Honor.

La ancha, faz de lord Fitzroy se puso de color purpura, semejando, un ladrillo bajo sus claros cabellos, y su grueso puño descargó sobre la mesa un puñetazo.

—¡Ah, canalla! Me anunciarías mi ascenso a lord Almirante y no me darías tanta alegría. ¡Toma! Estas dos medias coronas para tu bolsa, animalote.

No era sólo como enemigo de Francia por lo que lord Fitzroy exultaba de satisfacción. Era también como hombre.

Porque había, apostado diez guineas con su teniente Archibald Porter, que las huestes francesas abandonarían pronto Nápoles.

Lord James Fitzroy era uno de los más empedernidos apostadores, y la fortuna personal del teniente Porter, también muy amante del Azar, les hacía compartir agradablemente la existencia a bordo.

Apostaban en qué terrón de azúcar se posaría primero una mosca y también si la brisa soplaba del noroeste, uno apostaba que variaría hacia el norte, mientras que el otro apostaba por un retroceso de Eolo al sur.

Tomaban muy en serio la apuesta cuando por ejemplo, en los preparativos de combate, el uno afirmaba que el primer retroceso de culebrina mataría a los servidores de la pieza, mientras el otro aventuraba la hipótesis de que la culebrina que rompiera el fuego, sólo dañaría la estructura die la nave enemiga.

Estaba lord Fitzroy terminando de deglutir el montículo de coliflor, cuando en el umbral se cuadró, chocando tacones, el teniente Archibald Porter.

Un hombrecillo con nariz de ave de presa, y sonrisa melosa.

—Sin novedad a bordo del "Belcorn", comodoro. Se presenta el teniente Archibald Porter.

—Bien, Archie, bien. Sentaos, viejo. Habéis perdido diez guineas más, porque los franceses han abandonado Nápoles. Y como esta noche he soñado en prados verdes con margaritas y tréboles, estoy de buen humor. Aceptad una copa, viejo Archie. Tú, Lack, vete a la cambusa y desayuna. Quiero que estés siempre ciclópeo.

Al irse el coloso, los ojillos verdes de lord Fitzroy se posaron maliciosos en la faz de su teniente.

—Gran día para el Rey. La retirada francesa de Italia, supone mucho. ¡By Jove! ¡Mucho!

—Sólo han abandonado Nápoles, milord.

—Diez guineas a que no cesarán hasta retirarse tras los Alpes saboyanos, esos malditos condenados comedores de ranas. ¿Vale?

—Diez guineas a que no será retirada completa, milord.

—¡Veinte a que antes de un mes estarán los italianos libres de todo francés!

—¡Doblo!

—Envido, viejo. ¡Cincuenta guineas!

—Acepto, milord. ¿Y qué me decís de los españoles?

Chasqueó lord Fitzroy la lengua repetidamente…

—No juego —dijo contrariado—. Yo creo que ni en el propio cielo saben nunca qué harán o dejarán de hacer esos condenados españoles. Apuesto sobre todo cuanto se mueva, aliente y vivió o viva… pero dejando aparte a esa raza de locos geniales. ¡By Jove! Creo que sería hora de que echáramos un vistazo a lo que sucede a bordo de mi nave.

Salieron de la toldilla y descendieron al entrepuente, en el que estaban instaladas diez culebrinas.

Parte de la tripulación estaba atareada en la limpieza mañanera, llevada con extremado escrúpulo a bordo del "Belcorn".

Decía lord Fitzroy que "en la cubierta y en cualquier rincón quería poder pasar la lengua si se le antojaba".

Subieron hacia el segundo alcázar. Oyeron ahogadas risas. Y

aparecieron con la suficiente rapidez para ver cómo una decena de marinos, tomándose un breve descanso, a espaldas de un contramaestre, admiraban la jiga escocesa, que con salvaje vigor estaba bailando un “montañés”.

Al divisar al amo de a bordo, el bailarín se quedó como petrificado, con una pierna y un brazo en el aire.

James Fitzroy sabía que el bailarín, llamado Mac Callum, era un “seso”, calificando así al ejemplar raro a bordo que pensara por su cuenta y supiera razonar.

Se aproximó, brillantes los verdes ojillos en el congestionado rostro.

—Bien, bien, Mac Callum, veo que te gusta bailar la jiga aun a destiempo.

—Su Honor me excuse —replicó el escocés, ya recuperado el equilibrio y la serenidad—. Con permiso de Su Honor, no bailaba.

—No te falta aplomo, hijo mío. Si no bailabas, ¿qué hacías?

—Con el permiso de Su Honor, trataba de hacer desaparecer el hormigueo de un repentino calambre que me dio en esta pierna.

—Bien, bien —dijo lord Fitzroy, cabeceando paternalmente—. La buena salud de mis hombres me interesa sobremanera, y quiero ayudar a tu curación, muchacho. Saborearás doce caricias del gato de nueve colas, ahora mismo. Es un remedio excelente para los calambres y te aseguro que después de este tratamiento tardarás en sufrir otro ataque.

Mac Callum hizo una mueca, pero acogió aquella, rápida sentencia domo una justa consecuencia de su falta a la disciplina.

Sin fanfarronería, quitóse la camisa, y tendió los puños al contramaestre. Con el látigo bajo el sobaco, el contramaestre acercábase llevando cordezuelas, con las que ató las muñecas del escocés a una argolla del palo mesana.

Retrocedió un paso, y saludó:

—Pido permiso a Su Honor —dijo ritualmente.

Y no menos ritualmente, lord Fitzroy replicó:

—Su Graciosa Majestad me autoriza. Cesen las maniobras, y todos presencien como por su bien, el marinero Enoch Mac Callum recibirá en el acto doce azotes.

El contramaestre, siempre según los reglamentos, preguntó a la futura víctima:

—¿Estás preparado?

—De escarmiento sirva —respondió Mac Callum, que no estaba obligado a decir tal frase ritual.

Era libre de no decirla… en cuyo caso se le duplicaría la ración.

El contramaestre empuñó el mango, y, sin irritación ni pasión, pero can todas sus fuerzas, descargó el primer azote.

Las nueve trenzas de nudos espaciados, marcaron en abanico nueve surcos de un rojo vivo en la blanca espalda musculosa del bailarín de jiga escocesa.

Tuvo a gran orgullo Mac Callum haber recibido los doce flagelamientos, sin emitir un solo grito. Se contentó con gemir, y ahuecar el pecho.

Cuando acató el castigo, revistió la camisa que se tiñó de rojo, y con paso vacilante, turbios los ojos, saludó a tres pasos de distancia del comodoro.

—Gracias a Su Honor y Dios salve al Rey.

Y regresó a, su lugar, entre los otros que reanudaban la labor de limpieza. Ninguno se burló, porque aquello era normal: “Hoy tú, mañana yo”.

Lord Fitzroy, acompañado del teniente Porter, siguió revistando todas las dependencias de la estructura del “Belcorn”.

Dos horas después, sentados en la toldilla, lord Fitzroy preguntó.

—¿Qué dase de pájaro es aquél, Archie?

—Una paloma, milord.

—Una gaviota, viejo.

—Veinte guineas, milord, por la paloma.

—Acepto.

Permanecieron dos minutos silenciosos… Lord Fitzroy, al cabo de ellos, suspiró:

—Es una paloma, teniente Porter. ¡Doblo las veinte guineas a que viene de Nápoles!

—Triplico, milord, a que procede de Venecia.

—Vale.

Ambos contemplaron el grácil vuelo del palomo que iba acercándose al velero, al pairo frente a un paraje desértico de la costa sur italiana, en la comarca de Mesina.

El ave se posó en la torreta del trinquete, donde un vigía la cogió, para esperar a que subiera un contramaestre, el cual metióla

en saco de mallas, y con ella así alojada, subió al puente de mando.

El teniente Porter cogió el saco de mallas, y despidió con gesto seco al contramaestre.

—Con permiso de milord —dijo, a la vez que desembarazaba de su anillo la pata de la mensajera.

Del anillo colgaba un tubo, que abrió.

—¿Nápoles, Venecia? —preguntó Fitzroy.

—Venecia, milord.

—¡By Jove! Hoy estáis de suerte, viejo. Leed

Archibald Porter leyó, mientras el comodoro iba dejando sobre la mesita que los separaba, un montón de monadas, liquidando las recientes apuestas.

“Quince octubre. Buhonero Davis en poder mercancía aumentada perla rosa. Sale hacia origen, perdido un nácar. Trescientos dos es el precio”.

—Que traducido —dijo Fitzroy, cogiendo el mensaje—significa “El contramaestre Davis tiene en su poder al capitán Juliot Legars, acompañado de dama joven. Viene hacia aquí, habiendo perdido a uno de los tres marinos que le acompañaban. Informa al agente trescientos dos”. ¡Bien, bien! Magnífica noticia, Archie. Pero, ¿quién será la joven dama que acompaña al capitán Legars?

—Tal vez su esposa, milord.

—Cincuenta guineas a que es una veneciana coqueta, enamorada del famoso corsario misterioso.

—Acepto, milord.

—Perdéis si no es su esposa, aunque no sea veneciana.

—Gano si es prometida, milord.

—Bueno. Y ahora que próximamente tendremos el honor de alojar a mi bordo al capitán Legars, os puedo anticipar algo sobre el motivo de nuestra inactividad en estas aguas. Ya sabéis que hace exactamente veintitrés años que mi difunto hermano mayor corría tras la pista del capitán Legars, para apoderarse como fuera de su gran secreto. He triunfado. Pronto estará aquí el capitán Legars… y celebro venga en buena compañía. Tal vez así aceptará mi persuasiva súplica de que a cambio de la indemne vida salva de quien la acompaña, y espero sea mujer de su gran agrado, me explique su secreto.

—¿Tiro timón, milord?

—Creo más bien que es ardid de fuego, ya que con su sola nave se enfrentó contra varias hundiéndolas, casi sin combate. En fin, viejo, un brindis a la mayor gloria de Inglaterra, y a la pronta llegada del capitán Legars y su perla rosa.

Capítulo II

HACIA EL CONVENTO RINALDI

CUATRO jinetes, dejando atrás la ciudad de los canales, iniciaban el ascenso por la abrupta senda que conducía hacia la montaña más próxima a Venecia.

El primero semejaba un trovador que aburrido entretuviera el camino pulsando su laúd, improvisando futuras canciones, que iba susurrando quedamente.

Tras él iban Bruyant Lartiguers y Giorgio Fachino, sosteniendo conversación pintoresca.

Y a retaguardia, retrepada lo más cómodamente posible sobre la silla de montar, recubierta de piel de cordero, el rollizo piamontés Bembo, cabeceaba soñoliento.

—¿Por qué le llaman convento, si no hay monjas? —inquiría Bruyant.

—Fue monasterio, y al abandonarlo los monjes, lo compró Fiorenza Rinaldi, una ricachona avinagrada, más fea que Picio…

—Oye, Giorgio, ¿por qué dices más fea que Picio?

—Porque no tiene nada de aprovechable. Seca como un sarmiento y con hocico de garduña,

—Picio era un tipo muy guapo.

—¡Quia!

—¡Ajá! Me lo contó mi abuelo mientras cazaba codornices.

Resulta que era Picio tan guapo, que las chicas cuando veían a otro guapo, decían de él: “Psé… No está mal, pero es más feo que Picio”.

—Me instruye mucho tu compañía, Bruyant.

—Y eso que el loro se quedó con Frambuesa. Oye: ¿qué tal las alojadas en casa de Fiorenza Rinaldi?

—Esposas coquetas, hijas rebeldes, y damitas escandalosas. Y parece que Rinaldi goza teniéndolas presas, o. tal vez sea que oyéndolas, aprende lo que no pudo vivir.

—Quizá Revers no pudo conseguir que la dragona soltara a Hermosilla, y éste es el motivo del retraso. Porque el joven hijo de Legars, peleando es un torbellino, y no hay quien le cace.

—Aquí por estos contornos se emplean medios de caza que hacen inútil el esfuerzo del más hercúleo.

—¿Crees, entonces, que le ha pasado algo a Revers?

—Yo como creer, no hay nada en que no pueda creer, y muy poco en lo que crea.

—¡Gachó! Tú eres un filósofo. Cuídate, porque perderás el apetito, y te verás condenado a cazar moscas entre cuatro paredes…

—Mosca… —murmuró Luys Gallardo, refrenando su caballo, con lo cual su comentario fue oído por los dos que le seguían de cerca.

Miraron hacia lo que habla llamado la atención del trovador. El sendero, al describir una nueva curva, hacía visible una explanada lateral al otro lado del camino y junto al precipicio.

Y en la explanada, un hombre defendíase bravamente del ataque conjunto de cuatro individuos netamente identificables como bravis.

—¡A mí señores! —clamó el solitario atacado, al comprobar en uno de los momentos de la pelea, la presencia de tres jinetes.

Su grito en demanda de auxilio, provocó en los cuatro bravis una rápida reacción.

Se desbandaron, huyendo velozmente y desapareciendo entre los matorrales, peñas arriba, por terrero inaccesible a cabalgaduras.

Quedó el desconocido apoyándose en un tronco de árbol, como si sus fuerzas estuvieran a punto de abandonarte.

Luys Gallardo, desmontando, se aproximó:

—¿Estáis herido, señor?

—Afortunadamente, vuestra providencial llegada evitó que los

que me atacaron, lograsen su propósito. Os doy infinitas gracias, caballero, por vuestra intervención.

—Nada hice, señor.

—Marcantonio Columna me llamo, y vuestro servidor soy.

—Luys Gallardo. Tal vez sería preferible siguierais con nosotros, ya que veo tenéis caballo.

Alejado, un potro pacía. Marcantonio Columna, el agente secreto del Dux enviado a descubrir el secreto de Legars, y también los propósitos del trovador, había imaginado aquel medio. Los cuatro bravis a su sueldo, fingieron bien el ataque.

—Acepto vuestra generosa oferta, señor Gallardo. Pero temo importunaros.

—Nos dirigimos hacia la fundación Rinaldi.

—Fiorenza Rinaldi es conocida mía. Si en algo puedo seros útil, no vaciléis en serviros de mí.

Presentó el trovador a sus acompañantes, y Marcantonio Columna acreditó su don de gentes.

Era conocido por Giorgio Facchino, que con respeto le saludó. Poco después, al reanudar el camino, y destacarse en cabeza Luys Gallarda y Marcantonio, refrenó Facchino las riendas, imitado por Bruyant.

—Buen mozo—comentó Facchino.

—Gran señor. Se le nota.

—¿Qué más calaste?

—Que peleaba bien, pero… o los bravis eran lentos, o en vuestra tierra no sabéis luchar cuatro contra uno.

—La bravura de los bravis, clase a la cual pertenecía, estriba precisamente en su prudencia. Atacan muchos y de no hallar enfrente a un tipo excepcional, lo vencen por superioridad numérica. Tal vez llegamos apenas iniciado el combate… pero me parece que los cuatro de la gallofa, hubieran podido “pelar” al hijo de los Columna.

—¿Gente de categoría?

—Sí. En fin, don Luys no es un párvulo, aunque parezca un atolondrado trovador que no las cata.

Marcantonio Columna conversaba amenamente. Supo deslizar lo que le interesaba hacer constar:

—… y aquí me sorprendieron estos bravis, posiblemente para

apresarme y obtener rescate de mi familia. Seguramente observaríais que no luchaban a matar.

—Lo vi.

—Me dio cita en este paraje desierto, un hombre de mar francés. Un tal Vat Enchier. Soy muy aficionado a cosas de mar, y al parecer el tal francés quería venderme algo muy valioso, un cierto secreto…

—¿No le esperáis?

—Ya dudo… si no estaba en complicidad con éstos.

Iba desarrollándose su plan tal como habían concertado con el Dux. El marino Vat Enchier le facilitaría acceso al velero “Dardo”.

—No obstante, debe rondar estos parajes. Nos verá, y si tiene la conciencia limpia, ya se presentará.

Divisábase ya la mole, enhiesta, entre precipicios, del antiguo monasterio regentado por Fiorenza Rinaldi.

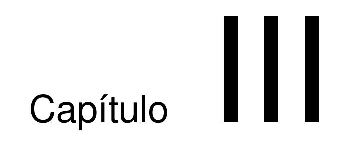
Sabedor Marcantonio de que a su debido tiempo aparecería Vat Enchier, varió la conversación.

—Seguramente habréis oído toda clase de rumores concernientes a la excéntrica Fiorenza Rinaldi.

—Pocos.

—Ah, pues me complace contaros la graciosa historia de la fama que en poco tiempo ha adquirido su recóndita mansión. Tuve por azar entre mis manos un libro de un viajero francés, una obra rara, ilustrada con arte, deliciosa… Unas confidencias galantes, que demostraban que los maridos venecianos son seres poco conocedores del artístico oficio de ser maridos.

—Me placerá oíros.



LO QUE ACAECIÓ A VARIOS ESPOSOS VENECIANOS

VARIOS gentileshombres de Venecia, creyendo tener derecho a quejarse de la conducta de sus respectivas esposas, resolvieron después de celebrar una reunión, clausurarlas.

Los conventos próximos a la ciudad se elevaban en medio de jardines sin tapias y abundantes en rosales.

Las damas hacían allí placenteras estancias de unas semanas, en celdas tapizadas de preciosos tapices. Tenían libertad de leer y escribir versos amorosos.

Pimpantes y perfumados, los elegantes venían de visita, y penetraban libremente en los locutorios, pudiendo decirse que la mejor sociedad de Venecia elegía los conventos para reunirse.

Las servidoras legas traían confituras, vinos dulces y panes delicadísimos. A cambio, los visitantes ofrecían guantes calados, pomos de esencias y mil bagatelas exquisitas.

¿Nobles diplomáticos forasteros venían a la ciudad? Prestamente, eran conducidos a aquellos lugares, y en honor de aquellas visitas, las damas allí clausuradas voluntariamente para meditar, cantaban o representaban deliciosas pantomimas.

Naturalmente, los maridos venecianos en cuestión, en su

despecho de haberse convertido, por astucia y traición de sus mujeres, en el hazmerreír de la ciudad, no se acomodaron a recluirlas en lugares donde podían causarles nuevas humillaciones.

Y para un viaje, cuya meta, sólo conocida de ellos mismos, dio lugar a mil comentarios, se alejaron de Venecia penetrando en la montaña.

Después de un accidentado camino, llegaron los gentileshombres a una garganta estrecha, salvaje y desolada.

Ni arbustos, ni hierbas ni musgos, encubrían con bastante densidad la árida extensión de abruptos precipicios y negras rocas, hasta que por dificultosos senderos llegaron a la sede de un antiguo monasterio.

No fue sin grandes parlamentos a través de una estrecha mirilla abierta en hosca puerta recia y herrada, como lograron ser recibidos por Madona Fiorenza Rinaldi.

Expusieron su caso. La galante crónica del viajero francés, relata con gracejo la conversación, dando a entender que obtuvo copia de lo que se habló, gracias a una reclusa que pudo oírlo, y más tarde, devuelta a la libertad, se lo contó.

Madona Fiorenza Rinaldi, enjuta, larga, con rostro de garduña, pareció rezumar satisfacción al verse ante varios hombres quejosos de infidelidad.

—¿Supieron vuestras mercedes cumplir como maridos? —preguntó con ácida entonación.

—Tenían joyas, criadas, lujosos vestidos, y trabajamos el día entero para darles dinero —dijo uno de ellos, riquísimo mercader.

—Error primero —sentenció ella.

—¿Cómo?

—La mujer prefiere menos mimos que con oro se compran, y más cariño y personal atención. Pero…

—¡Pero no vinimos a discutir nuestra desgracia, señora! —alborotóse uno de ellos.

—Cierto —replicó, secamente, ella—. Puedo asegurarles que aquí no tendrán ocasión de pecar. Visitemos mi casa.

Y mientras recorrían los ámbitos de la recia fortaleza, enrejada, de altos muros, ella explicó:

—Yo garantizo que en el tiempo que aquí permanezcan, no tendrán ocasión de coquetear con nadie. Ningún hombre tiene

acceso, a no ser, los que a semejanza de vuestras mercedes, acuden a confiarme sus protegidas.

Quedaron convencidos los gentileshombres que aquella prisión estaba hecha a medida, para negras meditaciones y amargos arrepentimientos.

Regresaron a Venecia tan contentos y maliciosos, que sus esposas sintieron cierta alarma.

Pero en el transcurso de su infortunio conyugal, los esposos habían recibido de ellas buenas lecciones de astucia y disimulo. Lograron adormecer las nacientes sospechas.

Poco tiempo después, cuando cada esposo propuso una cabalgata campera de diversión, cada esposa aceptó sin recelo.

Nuestras coquetas pasaron el día bastante aburridamente, porque sólo se codeaban con gente conocida hasta la saciedad.

Aumentó su mal humor porque el crepúsculo las sorprendió alejadas de la ciudad; y por más que los maridos, haciendo oficio de guías y sosteniendo por las bridas las hacaneas, asegurasen después de muchas revueltas de senderos, que seguían por fin el camino de retorno a Venecia, una profunda aprensión acometió a las forzosas viajeras al no reconocer en el camino nada familiar a sus ojos.

La noche, con sus tinieblas, aumentó su desazón y zozobra.

Después de mucho tiempo, y a sus ruegos, los gentileshombres accedieron a encender unas linternas.

Ellas vieron entonces, bajo las luces oscilantes, que se hallaban en una estrecha garganta, salvaje y desolada, cerca de un precipicio árido y reseco, en la base de unas rocas corchadas por sombría muralla.

Varias de ellas, transidas de miedo y pálidas de pavor, estuvieron a punto de caerse de sus sillas. Otras lanzaron lamentos capaces de horadar rocas.

Las más, rebelándose, hubieran taconeado los flancos de sus monturas, si los maridos, prevenidos, no retuvieran las riendas con puño firme… aunque tardío.

Y con azotes de sus fustas sobre las grupas de las hacaneas… y como la noche era muy obscura, sobre las caderas de las forzosas amazonas, pronto dominaron la situación.

Y en medio de un coro de llantos y lamentos femeninos, la tropa alcanzó la gran puerta de la fundación Rinaldi.

Nuestros gentileshombres emplearon toda la labia posible para convencer a sus esposas de que aquel monasterio lúgubre, era una especie de gran posada, y que debían sacrificarse esperando la aurora sobre un mal jergón de paja, siempre mucho más preferible que exponerse por los abruptos caminos a ser desvalijadas y degolladas por los numerosos bandidos que pululaban, al decir de ellos.

Lo creyeron, o fingieron creerlo por prudencia, ya que esta vez no tenían medio alguno de sustraerse a la autoridad marital.

Pero fue con rencor en el alma, jurando vengarse de aquella excursión, y estremecidas de frío y temor, como oyeron cerrarse la gran puerta con rechinar agrio.

Poco después, entraban en habitaciones oscuras y sobresaltadas como estaban de hallarse en la extraña posada, no pensaran en retener a sus maridos, cuando ellos se fueran diciendo que iban en busca de linternas con que esclarecer las habitaciones.

Las linternas no vinieron. Entonces, con inquietud, palparon los muros leprosos de humedad, tropezaron en paja mojada, y varias volcaron cántaro con agua.

Diéronse cuenta por fin de que se hallaban en mísera celda y que como atolondradas pajaritas habían caído en trampa.

Se desmayaron unas, patalearon en rabieta otras; lloraron las más y conocieron lo difícil que era vivir a solas.

La noche, terrible para ellas, se acabó con un ruido de cerrojos que se abren.

Y al resplandor del día corrieron hacia el jardín que veían, casi felices, después de haber pensado que iban a ser degolladas en la obscuridad o emparedadas en vida.

Perdieron toda ilusión sobre la existencia que las aguardaba entre aquellas murallas de cárcel, pero podían hablar entre sí y consolarse imaginando futuras venganzas.

Una de ellas, la más audaz, exigió hablar con la perversa dueña de aquella mansión extraña.

Fue llevada a presencia de Fiorenza Rinaldi.

—¡Cielos! —rio la recién llegada—. Pero… ¡si eres tú… Vul… Fiorenza!

La Rinaldi sonrió acremente:

—No te contengas, amiga mía. Puedes llamarme Vulpetta. Ya sé

que parezco una garduña.

—Olvidemos…Ahora, dime, ¿qué pesada, chanza es esta?

—Tengo yo poco ánimo para chanzas, amiga. Para que no quepan engaños, te diré: odio a todas las mujeres bonitas y desprecio a los hombres. He comprado este antiguo monasterio y aquí, recluidas a las que triunfabais, me consuelo.

—¡Escaparé!

—No podrás. Y a cada intento te haré azotar, o lo haré yo misma. Sólo admiro a los hombres de mar y aplico sus métodos. Haceos cargo todas de que esto es una nave, yo el capitán, y vosotras las tripulantes,

—¡Víbora! —gritó la otra—. ¡Mala pécora!

Fiorenza Rinaldi fue a cerrar la puerta, cogió una vara de fresno, y con demostración de buena musculatura, sofaldó a la, revoltosa, aplicándole una regular azotaina.

Después, mientras llorando la castigada, escocida, abatía la cabeza sumisamente, dijo Fiorenza Rinaldi:

—Si esto hubiera hecho tu marido, tal vez no estarías aquí. Vete con tus amigas y recuerda que aquí manda mi vara.

Las reclusas convinieron en combatir el aburrimiento, contándose mutuamente sus aventuras.

Y nuestros gentileshombres, per aquel castigo que creían ejemplar, no hicieron más que prepararse otras futuras desgracias.

Marcantonio rio al terminar de hablar. Luys Gallardo sonrió… en desdeñosa compasión de los protagonistas.

Hallábanse ya ante la fundación Rinaldi. Y dejando atrás a Bruyant, Facchino y Bembo, fueron ellos dos a golpear el recio aldabón, que representaba dos manos unidas en plegaria.

Capítulo IV

LA DULCE AVENTURA DE MADONA FIORENZA

FIORENZA RINALDI nunca había recibido un beso de amor. Oyendo a sus inquilinas relatarse con mayor o menor recato sus aventuras, Fiorenza Rinaldi sentía acrecer su odio contra su rostro.

Y cierta tarde en que paseaba por la galería donde solo ella tenía acceso, contempló algo extraño.

Un robusto individuo llevando al hombro a un sujeto que parecía estar desvanecido, acercábase a la puerta.

Distaba ella tres metros del lugar donde el tercer Contramaestre del “Belcorn”, Frank Davis, depositó en el suelo a Jeremy Mac Lean.

Culta, por fuerza, Fiorenza Rinaldi había estudiado las lenguas francesa, española e inglesa.

Oyó decir al hombre en pie:

“Adiós, Jerry. Mala suerte, Jerry. El escribano comunicará a tu gente que hallaste la muerte bravamente y con disciplina ¡Dios salve al rey!”.

“Dios… salve al rey… Adiós, señor”.

Jeremy Mac Lean, el marinero pisoteado por las cascos del caballo montado por Revers d’Estoc, era un escocés de cara aniñada, rojizo pelo ensortijado y robusta musculatura.

Gimiendo, sollozaba, porque sufría horriblemente y percibía su soledad. Iba a morir como un perro, abandonado ante la cerrada y hostil puerta, de un convento.

No reprochaba la actitud de Frank Davis. El tercer contramaestre no hizo más que cumplir con su obligación.

Él había sido el torpe por dejarse pisotear.

"Un marino que en tierra naufraga será vilipendiado por los de su país".

Jeremy Mac Lean halló alivio relativo pensando que no sería vilipendiado, parque el tercer contramaestre del "Belcorn" le había prometido que el escribano emplearía la fórmula honrosa al comunicar a sus parientes:

"Murió bravamente y con disciplina a bordo de la nave de Su Graciosa Majestad. ¡Dios salve al rey!".

Y con la aclamación de ritual, Jeremy Mac Lean perdió el sentido. No pudo darse cuenta de que la puerta se abría y la propia Fiorenza Rinaldi aparecía, en el umbral, acompañada de una criada que llevaba unas extrañas parihuelas. Lo colocaron en ellas sin esfuerzo, porque pasaron bajo sus axilas y corvas, los largos palos, entre los que había anchas correas.

Y Fiorenza Rinaldi, ayudada por su criada personal, alzó las parihuelas, demostrando que no sólo poseía un original y recio temple, sino también sólidos músculos.

Pero ignoraba que su impulso no nacido por caridad sino por curiosidad, ya que tenía la convicción de que el malherido era, un hombre de mar, iba a dar origen a la aventura más romántica que jamás pudiera ella soñar.

Depositó al escocés en un lecho, despidió a la criada, de la que sabía nada diría, y procedió fríamente a desnudar el torso del marino.

Reconoció las heridas y, con la misma frialdad, dirigióse a un estante donde tenía bálsamos, hierbas, hilos y libros de "asistencia".

Jeremy Mac Lean deliraba quedamente, con voz clara:

—¡Ciñe el viento, pedazo de bestia! Con permiso de §u Honor, declaro que si quebré el cuello de mi amigo Parsons, fue en lucha leal y ante los demás, y en tierra. ¡Gracias doy a Su Honor!

Fiorenza Rinaldi regresó a su lado después de haber leído determinado párrafo del libro del cirujano francés Ambrosio Paré:

“Las costillas rotas deberán atarse fuertemente con correas y para facilitar el escupimiento del herido, se moverá a derecha e izquierda su cabeza”.

En las maquiladoras aplicó ella bálsamo. Uno de los cascos había rozado la sien del escocés.

—¡En pie, gente del “Belcorn”! ¿Por qué te ríes, Mac Callum? ¿Qué farfullas? Cierto que no he tenido nunca amor ni he besado mujer. ¿Por qué? Soy tímido… Pero al que se ría, le rompo las costillas. Me duelen, señor. Adiós, señor. ¡Dios salve al rey!

Y de nuevo se desvaneció, porque con fuerza, Fiorenza Rinaldi estaba cumpliendo las instrucciones del libro y ataba con anchas correas el busto atlético del marino.

Terminada la “operación”, sentóse ella junto al inglés. Le miraba fijamente.

Veía a un atleta durmiendo… Soñó que era su esposo, que regresaba fatigado de la labor y ella velaba su reposo.

Después… los rizos y el rostro del escocés, pálido en su bronce de tez, le parecieron el semblante de un hijo fuerte, accidentado…

Y las pestañas de la fea Fiorenza Rinaldi se perlaron de lágrimas. Jeremy Mac Lean se movió, exhalando un gemido.

—Permaneced tranquilo, Jerry —ordenó ella. Y su acento italiano, convirtió en melodioso su lento inglés.

—Me duele —se quejó él infantilmente, sin abrir los ojos.

—Mejoraréis —mintió ella.

—Si pudiera ponerme en pie… iría al “Belcorn” que espera en el canal de Escila. Pero… no puedo. Tengo una losa en el pecho. ¡Quitadme este peso!

—Tened calma, Jerry.

—¿Quién sois? ¿Dónde estoy?

—Fiorenza os cuida, Jerry.

La dulce voz de la fea matrona, apaciguó al escocés. Abrió los párpados y Fiorenza Rinaldi se preparó con amargura a percibir en la mirada del hombre lo que antes siempre viera.

Repulsión, risas apagadas, burla ante su ridículo aspecto… Y tembló, porque fija la mirada, decía Jeremy Mac Lean:

—Gracias, bella señora. Gracias por cuidar a un mísero marinero malherido.

Era tan ingenua la expresión del rostro del escocés y revelaba

tanta admiración, que Fiorenza Rinaldi atribuyó a milagro incomprensible lo que sucedía.

Su larga mano flaca acarició una de las sienes del escocés.

—¿Cómo sabéis que me llamo Jerry, bella señora? —y gimió, añadiendo, anheloso—: Dadme algo de beber, algo fuerte…

—¿Qué preferís?

—Si lo tenéis… vino negro.

Levantóse ella, yendo a coger un frasco de su bien surtida bodega particular, oculta tras amplia hilera de libros…

Regresó con una copa llena.

—Tomad.

Las manos de Jeremy Mac Lean se agitaron torpemente en el aire. Y de pronto Fiorenza, Rinaldi comprendió la razón por la, cual por vez primera en su vida había oído llamarse “bella”.

La herida en la sien del marinero, le había dejado ciego y creyendo ver, Jeremy Mac Lean, alucinado, soñaba que veía.

Puso ella en las manos la copa, y ayudándole, alzó su nuca con abrazo para que ávidamente bebiera.

—Gracias, bella Fiorenza. Tengo un puñal en el costado. Sé que mis costillas han quebrado y una de ellas, hiere mis pulmones. Moriré… cuando la sangre asome a mis labios.

—¡Callad! —suplicó ella, estremecida—. Curaréis.

Él cayó hacia atrás, besando una de las femeninas manos, musitando:

—Dormir… dormir… y vos velando mi sueño, bella Fiorenza.

* * *

Pesadamente se quedó dormido, cogido, a la diestra de Fiorenza que, llorando, oyó las alegres carcajadas de las que en el jardín cercano acababan de oír uno de los relatos con que se entretenían.

Soltó Jeremy la diestra, durmiendo como un niño agotado de jugar. Ella se levantó y para disipar su honda melancolía, se apoyó en la ventana.

Miró a las que reunidas en coro, apremiaban:

—¡A ti, Prisca, a ti, te toca contar tu aventura!



Descendieron al entrepuente...

Capítulo V

UNA PREDICCIÓN

—YA que a mí me toca narrar —empezó a decir Prisca, morena de apasionados ojos—, os leeré la carta que procuraré reciba mi tutor. Y por estas líneas, sabréis cuán injustamente me han recluido aquí, donde me consume el fuego de impaciente deseo.

Extrajo de su escote una carta, que desdobló:

—Escuchad, gentiles damas y seréis jueces de mi desventura.

“Me declarasteis, messire Prisca, querido tío y venerado tutor, que Gregorio Mazzi os había pedido, mi mano, lo cual os honraba mucho, porque os parecía excelso unirme a tan noble señor de madurez visible, pero de insigne nobleza e incomparable opulencia.

”A tal noticia, me quedé ante vos muda y temblorosa. Pero no era ni el escalofrío de la dicha, ni el silencio de la sumisión. Era que la sorpresa y el dolor me habían quitado toda presencia de ánimo.

”En el recogimiento y la soledad de mi celda, acabo de encontrar y reunir bastante sangre fría y fuerza para haceros confesión de la verdad.

”Hace ya un mes, acompañada de vuestra nobilísima esposa Monna Sapia, me dirigía una mañana a la capilla de los Hermanos Menores para recitar mis plegarias cotidianas, cuando nos encontramos can un joven gentilhombre de desenvuelta traza, esbelto talle y cuyo rostro afable me impresionó sobremanera.

”La calleja era estrecha y para evitar que este joven me rozara al pasar junto a nosotras, Monna Sapia me atrajo hacia ella con gesto de temor y repulsión.

“Un gesto tan brusco y contra mi voluntad, que mi libro de preces escapó de mis manos y cayó al suelo.

”El joven gentilhombre lo recogió con tan gentil ademán y en saludo de tan graciosa cortesía, que mi corazón latió con delicia.

"Nuestras miradas se cruzaron y placenteramente ambos nos ruborizamos. Pero Monna Sapia no se dignó contestar a su saludo.

"Interrogué a vuestra esposa sobre su rigor que nada parecía justificar. Me declaró que aquel gentilhombre se llamaba Nello Sforzi y que su familia era, desde hacía siglos, enemiga de la nuestra.

”—Y a este propósito —añadió Monna Sapia—, hay una predicción tan antigua como oscura y loca, que se ha convertido en proverbial en Venecia. Hela aquí: cuando Brisca y Sforzi, bajo el sombreado de amor, apacigüen su sed en la copa mutua, delante de la sonriente Madona, el alba de la paz renacerá de la sangre mezclada a la sangre de la herida de Cristo.

"Os podéis imaginar, messire Prisca, que no me esforcé en adivinar un enigma que vuestra sapientísima esposa y vos mismo, juzgabais inexplicable y confuso en extremo.

"Lo único que en mi espirito prevaleció fue sentirme cruelmente entristecida de saber que el hermoso Nello Sforzi era, por razones de tradición, mi enemigo.

"A decir verdad, su primera mirada, me había hecho concebir una idea muy distinta. Durante todo el día me repetí incansablemente la rara predicción, sin hallar en ella nada de claridad ni ningún consuelo.

”Para no devanarme en vano los sesos, que no tengo muy desarrollados, acudí a mi libro de preces. Pero como Nello lo había tocado, muchas veces su figura se mezcló en mis plegarias.

”Para no recordar aquel breve encuentro tan agradable, me hubiera sido preciso no volver a abrir mi libro de preces, algo tan impropio de mi religiosidad, que vos mismo, messire Prisca, me habríais reprochado con vehemencia.

"Continué, pues, hojeando el libro santo, y pensando en Nello. El crepúsculo me sorprendió en esta inquieta pugna.

"Esperando que la frescor del atardecer muriente, disipase mi turbación, bajé al vergel y atravesé el pequeño olivar para sentarme en el poyete de mármol de la fuente que separa nuestra casa del camino que a Vicenze conduce.

"Un exvoto rústico, imagen de la compasiva y amable madona, se reflejaba en el agua de cristal, suspendido en las débiles ramas de la flor de verbenero encantado que me envolvía en su sombra ligera y en su perfume de amor.

"Tenía sed, y, alzando mi manga, mojé mi brazo en el agua para recoger con la mano la pura linfa. Otro brazo desnudo arrugó aquel espejo del cielo y volviéndome a medias, reconocí a Nello.

"Nuestros ojos se besaron como la primera vez, y también como entonces, nos ruborizamos.

"Engañados por el espejismo, yo bebí en la cuenca de su mano y él bebió en la mía. Las verbenas en flor nevaban sobre el poyete; el agua pura nos penetró en el corazón con una frescura deliciosa; el aroma de las flores caídas nos rodeó de su sortilegio de amor.

"Y nuestros labios iban a unirse, cuando de pronto, en un soplo de brisa, una rama de espino rozó nuestros hombros, arañando nuestros brazos a la vez.

"Una gotita de roja sangre perló en mi blanca piel y una gota más roja tiñó la morena piel de Nello.

"Entonces, en el mismo impulso de dolor y deseo, nuestros brazos se enlazaron estrechamente y nuestros labios se unieron.

"Nuestras miradas se elevaron, hacia el sombreado perfumado y la bendita imagen del exvoto, fue testigo de la promesa de eterna ternura y matrimonio que nuestras voces suspiraron en el ardor del primar beso.

“La Madona, entre las famas en flor, sonreía, sonrosada,

"Cuando nuestros labios se separaron, cuando nuestros brazos se desnudaron, vimos que las dos gotitas de sangre se habían mezclado en nuestra piel y por ello comprendimos repentinamente y con claridad, que la predicción de paz, acababa de realzarse milagrosamente.

"Las verbenas eran el sombreado de amor; habíamos apaciguado nuestra sed en la copa mutua de nuestras manos, ante la Madona sonriente; la sangre de los Prisca se había mezclado a la sangre de los Sforzi en una herida de espino… ¡la herida de Cristo!

”Yo no creo, señor tío y respetado tutor, que nadie en el mundo, por más predispuesto que esté en favor de la ilustre nobleza y la incomparable opulencia de Gregario Mazzi, pueda dudar que la antigua: predicción no esté ya ahora esclarecida y realizada por Nello Sforzi y por mí punto a punto y de la manera la más sencilla y natural.

"Por todo ello, desde: aquí y con éstas líneas, os ruego muy humildemente, messire Prisca, y a vos también, Monna Sapia, dama caritativa, de no separar dos seres: que se han hecho mutua promesa eterna, sin premeditación ni astucia, sino en el impulso generoso y espontáneo de dos almas llenas de juventud, esperanza e ilusión.

”Aún más humildemente, mis nobles parientes, os suplico consideréis lo temerario que sería obligarme a quebrantar una promesa formulada en el perfume de amor de las verbenas encantadas, urna promesa de la que la Santa Madona fue la confidente y que estuvo sellada por la fusión de las dos sangres hasta hoy enemigas, en milagrosa intervención de herida de espinas.

"Meditad con benevolencia, si no sería desafiar la ley de la naturaleza el consentimiento de la Madona y la voluntad del Cielo, impedir la unión de Frisca y Sforzi.

"Por esto, piadosamente, al Cielo rezo, para obtener de vos, muy buen señor y tío, gracia y perdón”.

Y la morena Prisca, habiendo acabado la lectura de su carta con el acento apasionado pleno de trémulo arrullo, las damas oyentes se indignaron profundamente de la crueldad de messire Prisca.

Todas afirmaban que aquella misiva era propia para ablandar el corazón más inflexible, aunque en ella lo profano y lo sacro se vieran mezclados.

Pero no duró largo tiempo la emoción de las reunidas, porque una voz menos apasionada que la de la juvenil e inocente Prisca, la voz de Abruccia, una de las damas de Venecia, menos celebrada por su virtud que por su cabellera de llama, empezaba a contar.

Y por lo que todas sabían del atrevimiento de la bella Abruccia, no tuvieron que pensar mucho para adivinar que el relato de ésta distaría mucho de ser ejemplar, aunque sí con moraleja de escarmiento.

Capítulo VI

CABELLOS DE LLAMA

NADIE hubiera sabido decir en Venecia, por qué se acusaba a Monna Fiamma de haber sido compañera del diablo en persona.

Tal vez su nombre solo, había dado curso a aquella calumnia; quizá la conducta de la dama, verdaderamente poco recomendable, le valió aquella fama temible.

Sea lo qué fuera, una vez rica y vieja, Monna Fiamma se arrepintió de su pasado, dando veracidad a lo que asegura que el diablo al envejecer se hace monje, y abandonó Venecia para establecerse en aldea vecina, donde alteró los cuidados para educar con gran austeridad a su hija Abruccia, a la cual en voz baja se apodaba “la hija de Lucifer”.

La pequeña era bonita y traía locos a los damiselos de la aldea. Pero, recluida en la casa, en una especie de celda de muros desnudos de todo espejo, vestida de paño sombrío, cubierta con una caperuza negra que le ajustaba las sienes y mantenía cautivos los largos cabellos de rizos de oro rojo semejando víboras de llama, Abruccia vivía en la completa ignorancia de su espléndida belleza.

Hasta el día en que cumplidos los diecisiete años tuvo que acompañar, según la piadosa costumbre, a las jóvenes de su edad en peregrinación hasta la fuente de San Genaro, protector de las vírgenes y patrón de la aldea.

La leyenda pretendía que el santo, después de haber atravesado un dragón con su lanza, repitiendo la gesta de San Jorge, había permanecido muchos años retirado en aquella ermita de arcilla y paja, en medio de los pinos, cerca del manantial que se veía surgir en silencio entre el musgo y que reflejaba en su límpida onda, grandes rocas coronadas por una rústica cruz.

Sea con intención, sea por pereza, Abruccia llegó ante la cruz, mucho después de sus compañeras de peregrinación.

Besó la piedra que el santo había socavado con las rodillas en sus rezos prolongados durante noche y día, y mientras las demás muchachas hacían bendecir por fra Doménico, el viejo ermitaño, sus coronas de violetas recogidas por el camino, y se dispersaban alegremente por los alrededores en búsqueda de flores o mariposas, la hija de Monna Fiamma retardaba su partida, quedando inmóvil junto al manantial.

Distraída de sus, devociones por un deseo de naciente coquetería, no pudo evitar el lanzar una mirada furtiva a la onda cristalina.

Y al ver su rostro admirable de líneas, iluminado por pequeñas manchas de oro rojo que escapaban en mechones de su caperuza, permanecía extasiada, fascinada por su propia belleza.

Con gesto instintivo, arrancó bruscamente la cárcel de tela y su espléndida cabellera, en abundantes bucles, rodó por sus hombres, inundando su vestido de sombrío paño, tal como si escapando del huevo, una hirviente nidada de víboras se extendiera como arroyo de cintas de color de viva llama.

Pareció como si un nuevo sol iluminara el claro del bosque y que en el agua límpida, por efecto de un espejismo mágico, refulgiera el resplandor de un incendio.

Ante aquel maléfico prodigio, que le revelaba repentinamente el secreto de su seducción, olvidándose ya de hacer bendecir su corona de violetas, caída en el suelo; y muy lejos de experimentar confusión o temor, Abruccia sintióse sacudida por un intensó estremecimiento de orgullo y de satánica voluptuosidad

Quedó sin fuerzas para arrancarse al hechizo de su propia contemplación en el natural espejo del agua, y la noche la hubiera soprendido allí, si fra Doménico, fatigado de esperarla en el umbral de la ermita, no se hubiera aproximado, sosteniendo aun el hisopo y

la pequeña pila de agua bendita.

El ermitaño, con voz de reproche, pero indulgente, dijo:

—Pequeña, este agua no está destinada a servir de espejo a la terrenal belleza, porque tu belleza no es más que la vana apariencia que toma el demonio para inducir a tentación.

Repentinamente furiosa per haber sido turbado su embrujador éxtasis. Abruccia se revolvió airada. El eremita la contempló con fijeza unos instantes y luego suavemente, casi con compasión, predijo:

—San Genaro y su dragón harán que seas castigada por esos mismos cabellos de llama de donde tanto orgullo sacas, por esos cabellos de perdición.

A partir de aquel día, sin preocuparse por la predicción de fra Doménico y pese a los ruegos de Monna Fiamma, Abruccia no volvió a cubrirse con la caperuza.

Llenó la casa de espejos, se vistió suntuosamente y quiso vivir fastuosa y divertidamente.

Prestaba amable acogida a las palabras de los jóvenes que elogiaban su fulgurante cabellera y su radiante rostro, pero hacíase la sorda, al que empezaba a hablar de amor o matrimonio, ya que ningún gentilhombre le parecía suficientemente digno para ella.

Y en aquel desdén, el diablo triunfaba, porque la altiva Abruccia se conservaba honesta y pura, más por orgullo que por castidad.

Gozaba de saberse admirada por virtuosa y no ahorraba sarcasmos ni desprecios a las debilidades ajenas.

Poco tiempo después, la aldea cayó en poder del marqués de Pontifierro, jefe de las fuerzas que puso breve sitio a Venecia.

Al oír hablar a sus esbirros y espías, le acometió la curiosidad de conocer a la que reputaban tan bonita como arisca. La esperó a la salida de la iglesia y apenas la vio, una gran pasión le avasalló y no hubo ardid al que no apelara para seducir a la que le había seducido.

Cuando Abruccia quedó segura de que nadie sabría nada y su renombre de virtud no sufriría merma, consintió por curiosidad, ambición y con la esperanza de lograr marido marqués, a encaminarse de noche y secretamente a la morada que le designaron.

Era arriesgado, porque la aldea sabía ya que aquella mansión

servía para los ocios y placeres del marqués de Pontifierro. Pero tomando toda clase de precauciones, Abruccia dirigióse al lugar de la cita sin encontrar a nadie por el camino.

Ante, la puerta de roble en la que el claro de luna ponía de relieve los ornamentos, vio ella esculpida en la madera una expresiva figura de San Genaro matando el dragón.

El monstruo, atravesado por la lanza, abría las fauces como para exhalar un clamor de rabia,

De aquellas fauces abiertas, salía una recia lengua de hierro que servía para abrir y cerrar la puerta, tal como le había indicado el marqués, añadiendo que no correría el pestillo interior.

Abruccia se estremeció, porque por primera vez se acordó súbitamente del manantial y de la predicción de fra Doménico.

Con temor repentino, iba a retroceder ante la imagen del santo y el dragón, pensando que no era una casualidad, sino una advertencia del Cielo y un fúnebre presentimiento.

Más, en aquel instante, un paje abrió la puerta y desapareció la escultura en la sombra.

La joven recobró su audacia y, ascendiendo los tres peldaños del umbral, penetró en la casa.

Allí esperaba el marqués. Conocedor del punto flaco de aquella orgullosa, el señor, lejos de jactarse de su poder, empleó humildes ruegos diestramente mezclados con excesivos elogios.

Sus halagos, las promesas y el ver al dueño de la aldea y posiblemente de Venecia arrodillado ante ella, fueron suficientes para que Abruccia perdiera el buen sentido.

Y el marqués obtuvo lo que tanto anhelaba.

Pero en la embriaguez de caricias y besos, bajo los largos cabellas de oro rojo que envolvían en ondulación de llama el abrazo pasional, Abruccia, evocando el adorno de la puerta y la predicción del ermitaño, no pudo evitar varios escalofríos ajenos a todo placer.

Al acercase el alba, el marqués, para regresar al palacio, salió por la callejuela aún sombría y desierta que discurría tras la casa, mientras que para evitar a los amantes el riesgo de ser vistos juntos, el paje conducía, a Abruccia por donde había entrado, es decir, a la puerta que desembocaba en el muelle.

Aquel joven servidor del marqués, sosteniendo la antorcha para acompañar a la dama, hasta el umbral, tuvo ocasión de contemplar

la hermosa cabellera que Abruccia esforzábase en anudar y que se escapaba, deslizándose por entre sus dedos, en bullente susurro de rojas víboras.

El paje prorrumpió en una incontenible exclamación de tan ferviente admiración que, halagada, y para sentirse más tiempo envuelta en la mirada admirativa, la joven, pensando que fuera tendría tiempo de anudar en trenzas sus cabellos y esconderlos bajo el velo, los dejó caer y flotar sobre sus espaldas.

Alcanzó así el vestíbulo. El paje había abierto y Abruccia colocaba el pie en el primer peldaño de salida, cuando, de pronto, fuera por efecto de corriente de aire o de la brisa del mar, la antorcha se apagó y la puerta, escapando de la mano del paje que la contenía tras la dama, se cerró con fuerza, aprisionando los cabellos entre ambos batientes.

Al otro paso que hizo ella para bajar, se sintió brutalmente atraída; su cabellera la mantenía presa tan cerca de la puerta, que no pudo ni volverse para mirar.

En el primer instante de estupor, su imaginación le representó muy clara y cruelmente lo que acababa de suceder.

Sus flotantes bucles de oro rojo, habían sido cogidos al vuelo, mordidos entre el cerrojo y su cierre exterior representado por la lengua de hierro del dragón que San Genaro vencedor, incitaba con la lanzada mortal a morder furiosamente.

Por un instante, Abruccia esperó que el paje encendería de nuevo la antorcha, descorrería desde dentro el cerrojo y liberaría sus cabellos aprisionados.

Pero no sucedió así.

Una vez la puerta se cerró en la obscuridad, el paje ya no pensó más que en regresar a palacio, para meterse en cama.

Y sin volver a encender antorcha alguna, sin preocuparse por la oscuridad ya que conocía el interior de la casa, alcanzó la puerta trasera y salió como su amo, por la calleja posterior.

Abruma, sin atreverse a llamar por temor de despertar con su voz a los vecinos, golpeó la madera suavemente con el puño y el tacón.

Pero cesó, comprobando que del interior nadie acudía. La casa habíase quedado muda y vacía.

Pensó ella en cortar su cabellera espesa, aunque fuera

imprudencia dejar mechones en aquella puerta.

Mas no llevaba tijeras, ni daga, ni nada qué cortara, ni siquiera un broche.

Empezó a quebrar hebras, pero al no poder volverse la posición la fatigaba enormemente, y sus cabellos eran tan finos y numerosos que le habrían hecho falta días para lograr su propósito.

Trató de arrancar, corriendo. No logró más que un agudo dolor, sin poder moverse. Estaba prisionera…

Pronto el alba nació, creció e iluminó el espacio. La aldea se despertó con mil rumores confusos y característicos.

Las ventanas y puertas fueron abriéndose; pescadores dirigíanse a sus tareas; artesanos y menestrales poblaron las calles…

Entonces, Abruccia, escondiendo su hermoso rostro entre sus brazos estremecidos, desesperada, herida en todo su orgullo, comprobó que la predicción de Fra Dominico acababa de realizarse, que San Genaro escuchaba al ermitaño y que ningún esfuerzo humano podría liberarla, arrancar sus cabellos de llama, sus cabellos de perdición, de las fauces del dragón.

Y alternativamente, pálida de angustia y sonrosada de humillación, sacudida por sollozos, sin siquiera poder arrodillarse, estatua de su oprobio, Abruccia permanecía como una hermosa bestezuela cogida en red, atada a la casa del deshonor, clavada viva por los cabellos en aquella puerta que oficiaba de picota infamante.

Y aun teniendo la cabeza escondida entre sus manos, por las que resbalaba llanto de furor y vergüenza, sentíase perforada por mil miradas reprobadoras de la muchedumbre, miradas que bebían ávidamente su vergüenza, mientras que el sol, ya ascendente, vertía ahora toda su luz cruel y lapidaria sobre su postura de infamia y oprobio.

Aquel suplicio duró hasta el momento en que uno de sus antiguos pretendientes, más compasivo que los otros, desenvainó la daga y cortó con esfuerzo la cautiva cabellera.

Entonces, Abruccia, velándose siempre el rostro entre las manos, huyó, corriendo, tropezando, gimiendo, como una posesa.

Y los bucles cortados, sus bucles de llama, de oro rojo, agitados por la brisa, mañanera, parecían retorcerse de horror y sangrar en las fauces implacables del dragón de San Genaro.

Capítulo VII

EL ÚLTIMO BESO

EL relato de su humillación provocó en las demás, ojeadas de asombro… Abruccia se levantó, anunciando:

—Aquí estoy porque, después de aquella pública deshonra, di muchos besos, y con cada uno de ellos, veneno y puñal. Después… aquí me encerré sin que nadie me obligara a ello, y algún, día sabré que el Supremo Juez me habrá perdonado, porque no tuve culpa si por más venas corría sangre del diablo.

En la galería, Fiorenza Rinaldi disipó el torpor en que la habían sumido los dos relatos.

Regresó junto al lecho donde Jeremy MacLean agonizaba. Una leve espuma de sangre teñía los labios del escocés.

Con pañuelo de fina batista ella secó la boca del marino. El gesto hizo abrir los ojos ciegos.

Una sonrisa queda dibujóse en los labios del agonizante.

—Estoy mejor, bella Fiorenza. Vuestras delicadas manos me devuelven la vida. Quiero suplicaros una merced.

—Pedid, que todo os concedo, Jerry.

—Dejadme respirar, y quitadme este extraño peso que hunde mi pecho. Hacedme esta merced…

Pensó ella que a un moribundo que, inconsciente, no se daba cuenta de lo que le sucedía, debía complacerle.

Se inclinó y quitó la ancha correa… Libre de la opresión, Jeremy MacLean aspiró a fondo.

—Buena sois, Fiorenza. ¿Por qué no os conocí antes? Decidme: ¿quién sois y cómo tan osado fui de… penetrar en vuestra alcoba?

—Os llamé.

—Entonces, ¿os apiadasteis de mi existencia sin amor?

—Porque iguales somos.

—Vuestra delicadeza es sublime. ¿Cómo vos, tan bella, tan dulce, tan buena, decís que sois igual a mí? Yo he vivido sin amor… Nunca una dama me amó… Soy feliz viéndoos, Fiorenza.

Transfigurada, Fiorenza Rinaldi bebía las palabras del moribundo. Jeremy MacLean sonrió.

—En vuestro bello semblante veo a cuantas hermosas damas en silencio y desde lejos adoré. En vuestras manos tibias y suaves hallo las caricias que anhelé… Y… vuestros labios cálidos me… podrían dar éxtasis nunca probado.

Fiorenza Rinaldi se inclinó más, y su virginal boca acalló la súplica postrera del que recibía el primer y último beso.

* * *

A las repetidas llamadas de Luys Gallardo, abrióse por fin la puerta. Apareció una mujer enlutada, ardientes las pupilas, ojerosa…

—Madona Rinaldi —saludó Marcantonio Columna—. Espero tendréis la benevolencia de reconocerme.

—Sois Marcantonio Columna. ¿Qué deseáis?

Más allá, Bruyant, a caballo junto a Giorgio Facchino, susurró:

—¡Castañeta!… Esta dama tiene la expresión altiva y colérica de una camella.

—El caballero que me acompaña siente curiosidad por saber lo que le ha pedido suceder a cierto caballero que ayer tarde vino en busca de una dama, su prometida.

—Si os referís a la señorita Hermosilla, partió con su prometido apenas llegó.

Luys Gallardo percibió que en la fea matrona había un trágico dolor. Saludó, respetuoso:

—Perdonad que os importune, señora, pero Hermosilla tenía que estar con su padre, y no ha llegado; por lo que aquí he venido a molestaros, por si algo les hubiera sucedido.

El delirio de Jeremy MacLean había sido bastante explícito. Fiorenza Rinaldi manifestó:

—Esta madrugada ha muerto en mis habitaciones un hombre de mar, al cual recogí mortalmente herido frente a mi puerta, donde la abandonó un tercer contramaestre llamado Davis. Deliró… antes de morir. Habló de un navío inglés de nombre “Belcorn”, al pairo en el estrecho de Escila, y de cierto capitán Juliot Legars, aludiendo al joven que vino en busca de la señorita Hermosilla. Es de suponer que tendieron emboscada en la que cayeron el joven y la señorita. Esto es cuanto sé. Adiós.

Cerró ella la puerta. Luys Gallardo montó a caballo.

—¡Al galope, señores! ¡A Fusina!

Marcantonio Columna, tras los jinetes, logró, en cierto momento en que el camino obligaba al paso, colocarse junto a Luys Gallardo.

—Conozco el “Belcorn”, don Luys. Es velero inglés mandado por Lord James Fitzroy, que hace un año visitó Venecia: Y como os debo agradecimiento, si, como supongo, vais en busca del “Belcorn”, admitidme.

—Por agradecimiento, no, ser Marcantonio. Pero si por amor a cosas de mar, como dijisteis, queréis acompañarme, mucho honor tengo en ello.

* * *

Fiorenza Rinaldi sentóse junto al lecho en el qué Jeremy MacLean dormía el último sueño.

En la faz bronceada del escocés había una expresión serena, de paz y felicidad.

Había muerto creyendo ser besado por bella dama…

Y Fiorenza Rinaldi había dado su primer beso de amor. Ya no envidiaría las más o menos románticas narraciones de aventuras de las demás reclusas en el antiguo monasterio.

En su jardín privado enterró al escocés. Sobre la tierra recientemente removida colocó un búcaro con flores.

Y día tras día, al renovar las flores, Fiorenza Rinaldi oía las palabras de Jeremy MacLean, y susurraba:

—Pronto me reuniré contigo, Jerry, amado mío.

SEGUNDA PARTE

EL SECRETO DEL CAPITÁN LEGARS

Capítulo I

HACIA EL ESTRECHO PELIGROSO

—¡BRUYANT! —llamó Luys Gallardo.

El gascón detuvo su caballo, y aguardó:

—Tú eres jinete inmejorable, y yo, en conversación amena, pierdo tiempo, que vas a ganar. Advierte al capitán Legars que dispuesto esté a zarpar con el "Dardo" apenas llegue. Trota tras él, Bembo, y vos, señor Facchino, si no hemos de vernos más, dadme abrazo.

Partieron al galope Bruyant y Facchino. Más prudente, Bembo, en trote cochinero, alejóse también.

Y entonces, Marcantonio Columna siguió explicando, al paso de las dos monturas:

—Vat Enchier es un marino francés muy experto, don Luys. Puede ser o no verdad su secreto, y si con nosotros viniese, quizá lo comprobaríamos. Abuso de vuestra generosidad, don Luys.

—No —sonrió el español, que entre cejas tenía que algo extraño existía, en su reciente compañero—. El "Dardo" está escaso de tripulantes, y si tropezamos con vuestro francés, nos servirá, si acepta ser uno más a bordo del "Dardo". Y digo tropezamos, porque hace ya unos instantes que divisé a alguien que se desliza por matorrales…

—Envidio vuestra serenidad.

—Describidme a Vat Enchier.

—Pequeño, robusto, rostro de terco, desgalichado de ademanes, pero ágil y simiesco.

—Este es, pues, el que se desliza…

—¡Vat Enchier! —gritó Marcantonio, empinándose en los estribos.

En varios saltos, un individuo pequeño, robusto, con faz hosca, atravesóse en el sendero ante las dos monturas.

—Perdonad mi tardanza, ser Columna —saludó, bien percatado de su papel en la colaboración entablada con el aludido para averiguar el secreto del capitán Legars.

—Os presento a Vat Enchier, don Luys Gallardo.

—Apremia el tiempo, señor francés. Nos dirigimos hacia velero anclado en Fusina y que tiene espolón de proa que es dardo cabalgado por amorcillo. Si queréis hablar con ser Marcantonio, allá estará, y si queréis navegar hacia el estrecho de Estila, zarparemos.

—Peligroso estrecho, señor —comentó el francés, dirigiéndose a Luys Gallardo—. Turcos, ingleses, españoles, bereberes, genoveses…

—Me lo contaréis a bordo, si a tiempo llegáis…

Picó espuelas Luys Gallardo, ajustándose ante el pecho el laúd de plata. Por su reflejo vio la señal que cambiaba Marcantonio Columna antes de hablar:

—¿A pie vinisteis, Enchier?

—No, ser. Mi caballo está a seguro entre aquellas rocas.

—Entonces, seguidnos. Con gran placer he aceptado hospitalidad a bordo de la nave del señor Luys Gallardo.

—¡Allá voy, ser! —clamó el marino, alejándose a todo correr.

El resto del camino lo hizo Luys Gallardo en silencio y a todo galope.

* * *

El “Dando”, airoso y reluciente de blancura, había sido ya cedido al que, con documentos del Dux, tomó posesión de él.

Juliot Legars, seguido por Cayo y Palicarpo y los tres gascones, fue acariciando con la mirada lonas, aparejo y líneas.

—¡Cuán bella nave! —murmuró, extasiado.

Poco después, distribuía a los cinco tripulantes. Y acechando el horizonte, Juliot Legars esperaba impaciente la llegada de su hijo Revers d’Estoc, en cuya busca habían salido Luys Gallardo, Bruyant,

Bembo y Giorgio Facchino.

* * *

A doscientos metros del muelle de Fusina, Giorgio Facchino, Emperador de la Gallofa y dictador de los bajos fondos venecianos, detuvo su caballo.

—Compadre Bruyant, ha llegado el momento de despedirnos.

—¡Ajá!

—Echaré mucho de menos a tu loro.

—No me conmuevas, compadre. Decía mi abuelo, que cuando estamos emocionados más vale acudir a la cuchufleta. Bembo ha ganado terreno y se acerca, con lo cual podremos alargar la despedida. ¡Don Bembo!

El rollizo piamontés acudió, espoleando su montura.

—Transmito órdenes de nuestro jefe, Bembo. Dirás al capitán Legars que se disponga a zarpar tan pronto pise cubierta don Luys y su compañía.

Alejóse el escudero, y Bruyant miró risueño, pero conmovido, al antiguo bravi.

—Eres un bellaco, Giorgio Facchino, pero te aprecio, y será por aquello de que…

—…cada oveja con su pareja, Bruyant.

—Mientras llega don Luys y compañía, podemos conversar, antes de que partas hacia tu heredad.

—Donde, si van las cosas mal dadas, tendrás acogida.

—¿Sin el loro?

—Palabra de hombre que, sin el loro, también te aprecio.

—No eres tan malo como aparentas, Giorgio. No eres como la Tana.

—¿Quién era la tal?

—¡Hombre! ¿No has oído decir: “Era más mala que la Tana”?

—Sí; pero no conozco a dicha dama.

—Era una moza con las ideas de un tigre. Ya de pequeña, le decía a su abuelita, medio ciega y paralítica: “Abuelita, abre la boca, que te daré un dulce sabroso”. La pobre vieja picaba como una cordera, y abría la boca. Y con regocijo la Tanita le metía entre los labios un carbón ardiendo.

—Vaya con la Tana… —farfulló Facchino, escandalizado.

—Y cuando un pordiosero tocaba en la puerta pidiendo limosna,

la Tana decía: “Pasad la mano bajo la puerta, buen hombre, que os daré pan”. El mendigo tragaba, y su mano ansiosa aguardaba el obsequio. Y la Tana colocaba en la palma otro carbón ardiendo.

—¿Y qué fue de tan encantadora, criatura?

—Se casó, y el marido, agotada la paciencia, la asó a fuego lento en parrilla. Quien mal anda, mal acaba.

—¡Ajá!

—Bien, bien; ya no sé qué decirte, compinche. Si me van mal las cosas, vendré a tu castillo, aunque mientras viva don Luys con él estaré. Es curioso, pero presiento que don Luys va a morir heroicamente.

—¡Sopla! ¿Y por qué estos pensamientos negros?

—Nació para caballero, y esta raza dura poco. ¡Fuera, avispa! —exclamó, manoteando, para ahuyentar el bicho volador que zumbaba cerca.

—Podría ser una abeja—dijo, sentenciosamente. Facchino.

—Sea avispa o abeja, pican las condenadas. Mira, querido Giorgio, antes de separarme de ti quiero darte una buena receta.

—¿Contra quiénes?

—Contra las picaduras de avispa.

—Vale. Me puede servir.

—Coges, raíz de muermo y la haces polvo, mezclándola con zumo de ajo. Es un gran polvo de exterminio.

—¡Ajá! ¿Y cómo empleo esto?

—Pues… lo echas encima de las avispas… ¡cuando estén descuidadas!

Y, muy satisfecho, Bruyant Lartiguers se rio, mientras Giorgio Facchino reía de labios para fuera.

—Je… je… Bueno, gascón, me largo.

—Puedes abrazarme. Total, nadie nos ve.

Se unieron en apretado abrazo viril. Y Giorgio Facchino murmuró, volviendo a ensillar:

—También tiene guasa que coja yo amistad con un vagabundo que quién sabe dónde irá a parar.

—Ya nos volveremos a ver, potentado. Abur, y echa tripita.

—Eso te deseo. Abur.

Cada uno galopó en sentido contrario.

Y por espacio de cinco minutos, Bruyant Lartiguers disipó su

emoción en compañía de “Cocclicó” en incomprensible diálogo.

Corrió Juliot Legars al encuentro, de Luys Gallardo, que, seguido por Marcantonio Columna y Vat Enchier, subía a bordo.

—Sin novedad, señor Gallardo.

—Os presento a mi invitado, ser Marcantonio Columna, y a un tripulante voluntario de vuestra raza, el caballero Vat Enchier, capitán Legars.

Con breves saludos el corsario se esforzó en dominar su impaciencia.

—Perdonad unos instantes, señores—dijo Luys Gallardo, y, asiendo por el brazo a Legars, se alejó.

—¿Sucede algo… irremediable, don Luys?

—No. Ha habido una confusión. Un marino: inglés, al parecer muy caballeroso, ha hecho que se apoderaran de vuestro hijo, creyendo erais vos, debido a como Revers d’Estoc fue presentado públicamente. Por tierra o mar, lo llevan en compañía de Hermosilla hacia la nave “Belcorn”, que está al pairo en el estrecho de Escila, en espera del regreso del contramaestre Davis, el encargado de custodiar a vuestro hijo.

—¡Condenación!… —masculló Legars—. ¡Pagará caro el “Belcorn”…! Excusad, don Luys…

—Tranquilizaos sabiendo que lo que desea el inglés es averiguar cierto secreto que poseéis.

—¡Lo sabrá, vive el infierno!

—Supongo… que después que hayamos rescatado a Revers y Hermosilla. ¿Viento favorable para el Sur, capitán?

—Inmejorable. Dadme órdenes.

—Yo, no… Yo toco siempre el laúd. Vos sois dueño y señor a bordo. Zarpad, y cuanto antes avistemos el “Belcorn”, mejor.

Juliot Legars corrió hacia el alcázar. Tonante su voz, distribuyó órdenes.

Estimó la prontitud con la cual Vat Enchier, acreditando larga experiencia, cumplía con presteza las órdenes.

Marcantonio Columna, precedido por Luys Gallardo, entró en la cámara. Sentóse y aceptó la copa de vino ofrecida por su anfitrión.

—Si conocéis a Lord Fitzroy, podéis anticiparme si es de noble espíritu.

—Creo que es un perfecto caballero, mientras no pierde los

estribos, Y si desea obtener algo, tiene toda la dureza de un perro dogo.

—Supongamos que se da cuenta de que ha cometido un error. ¿Qué sucedería?

—Trataría de repararla.

—Suponiendo que, en vez de un prisionero que con ansia espera, le llevan otro, ¿qué hará?

—Difícil respuesta, don Luys. Cuando lleguemos a bordo del "Belcorn", os podré responder adecuadamente.

—Sensata actitud, ser Marcantonio. Y ahora, decidme —y Luys Gallardo pulsó una cuerda del laúd, que emitió un sonido parecido a una aguda risita—: ¿os ha enviado el Dux a vigilarme en aguas del Adriático? ¿Es Vat Enchier otro de los que van tras el secreto del capitán Legars?



—¡Escuchad, gentiles damas, y seréis jueces...!

Capítulo II

UNA APUESTA INESPERADA

EL tercer contramaestre, Frank Davis, y sus dos acompañantes, respiraron muy complacidos cuando, ya a bordo del “Belcorn”, vieron como, encuadrados por otros cuatro tripulantes, Revers d’Estoc y Violeta Mancini permanecían con las muñecas atadas a la espalda.

En la tordilla, el teniente Archibald Porter se pasó la lengua por los resecos labios.

Veía cercana una explosión, apercibiendo el congestionado semblante de Lord James Fitzroy.

El comodoro del “Belcorn”, pese a la fresca brisa, sudaba copiosamente. Una mano velluda tembló al asir una copa, que vació de un sorbo.

Respiró después sin la menor complacencia, pero iba serenándose.

—Diez guineas, teniente Porter, a que el tercer contramaestre Frank Davis va a lamentar muy pronto el haber nacido.

—No puedo aceptar, milord. Perdería.

—¡Bien, bien, bien! —resopló Fitzroy—. ¡Contramaestre Davis!

Su vozarrón pareció barrer la cubierta. Frank Davis corrió, hasta detenerse, gorro en mano, ante el sentado Lord Fitzroy.

Disciplinadamente, recitó:

—Cumplida la misión; con permiso de Su Honor, lamento comunicar la baja del marino raso Jeremy MacLean, muerto imprudentemente.

—Hay imprudencias que matan, señor contramaestre —sonrió Lord Fitzroy, aviesos los verdes ojillos—. Veo en mi cubierta una gentil dama y un joven caballejo, maniatados. Tened la bondad de explicaros con la suficiente claridad. Hoy estoy algo pesado y torpe, tercer contramaestre Davis. ¿A qué fuisteis enviado a Venecia?

—Con el permiso de Su Honor, fui a capturar al capitán Juliot Legars, Los agentes de tierra me advirtieron que dicho capitán dirigíase al convento Rinaldi. Pero al echarle la lazadera tuvimos que apresar a la dama que le acompañaba, que es su prometida, con el permiso de Su Honor.

—Tomad, teniente Portier —dijo Lord Fitzroy, contando monedas sobre la mesita—. Perdí, ya que la señorita es prometida del joven caballero. Bien, bien, bien… Tenemos tiempo sobrado, contramaestre Davis. Os voy a demostrar que sois un buey obtuso, un pedazo de bestia y, además, un completo idiota.

Frank Davis, que esperaba una felicitación, quedóse boquiabierto.

James Fitzroy, “un gran señor es irónico y calmoso”, continuó:

—Me oléis a sangre, señor Davis, desde el cogote hasta los riñones. Pero antes de que entre en función el gato de nueve colas, os haré una breve exposición de los motivos que han estado a punto de causarme brusca muerte por ataque cardíaco. Mi difunto hermano estuvo veintitrés años persiguiendo inútilmente al capitán Juliot Legars. Hacedme el honor, contramaestre Davis, de suponer que mi difunto hermano no perseguía a un recién nacido. Pero como veo que no captáis lo que quiero indicaros, hablaré más claro. El joven prisionero que me traéis tendrá, a lo sumo, veinticinco años. No es, pues, el capitán Juliot Legars. Os permito que cerréis la boca, contramaestre Davis. Y que habléis.

—No negó serlo, con permiso de Su Honor, y juro, con permiso de Su Honor…

La puntera de la bota de Lord Fitzroy describió un arco hacia arriba. Frank Davis se inclinó hacia delante, gimiendo…

—A mi bordo, sólo yo juro, tercer contramaestre. Id a esperar junto al palo trinquete.

Lord Fitzroy, al partir doblado Frank Davis, se puso en pie.

—Vamos allá, viejo —le dijo al teniente, que no pasaba de los treinta—. Os apuesto cinco guineas a que el joven prisionero será muy peligroso si lo dejo suelto.

—No acepto, milord.

—Hacéis bien. Os vais volviendo inteligente, Archie.

Íntimamente, hervía de cólera Lord Fitzroy, pero sabía que algún día, cuando Archibald Porter contase en Inglaterra su actitud ante aquel “desastre”, todos dirían que Lord Fitzroy era un gran señor.

Revers d’Estoc miró sombríamente al colorado comodoro. Hermosilla sólo miraba a su prometido.

—Obligaciones y lealtad a mi rey me eximen de toda culpa, si ante mí una señora está atada —dijo, con gutural pronunciación italiana, Lord Fitzroy—. Salvo error o confusión, aquí habéis sido traído, señor, porque adecuada o equivocadamente empleasteis el nombre de Juliot y el apellido de Legars.

—Soy Juliot Legars —replicó, secamente, Revers d’Estoc.

Lord Fitzroy sonrió con acritud malignamente feroz.

—Tengo un código de honor… —empezó a decir.

—Extraño código el que le hace hablar rodeado de forzudos, y cubierta la cabeza ante una mujer atada —comentó Revers, serenamente.

Lord Fitzroy, perplejo, quitóse el cubrecabezas.

—¡Teniente Porter! Dejad libres las manos y brazos de esta dama. Acepto el justo reproche, señor. Y no acepto lecciones de nadie en lo tocante a cortesía. Creed, señora, que si he cometido una grosería ha sido porque estoy confuso. ¡Teniente Porter, conducid a la dama a mi cámara!

—No quiero —dijo ella, abrazándose a Revers.

Lord Fitzroy ostentó en el semblante los colores púrpura, violeta, hasta que recuperó su habitual tez…

En inglés, masculló:

—¡Pedazo de bestia! ¡Treinta azotes! ¡Pasarás bajo la quilla! —y sus buenos deseos iban dirigidos a Frank Davis, que sumisamente, pero sin entender la razón, esperaba al pie del trinquete.

En italiano, Lord Fitzroy explicó:

—Perdonad, señora, pero a bordo mando yo. Vuestro prometido no corre peligro, y os ruego tengáis la bondad de obedecer mi

súplica, acompañando al teniente Porter.

—Obedéceme, Hermosilla… —indicó Revers—, y acompaña al teniente.

Ella siguió tras los pasos apresurados de Archibald Porter.

Lord Fitzroy dejó oír una risa que rechinaba:

—Es la primera vez, señor, que en mi nave manda alguien que no sea yo mismo. Os decía que tengo un código del honor que me hace aborrecer profundamente la mentira.

—Y el mío la cobardía.

—*Dammed man*! —gruñó el comodoro, aquietándose inmediatamente ante una idea que le pareció genial.

Aquel hombre que, atado, le desafiaba, tenía que ser forzosamente un loco que se había hecho pasar por el verdadero Juliot Legars.

—Aludí a la posible mentira de vuestra afirmación al asegurar que erais el capitán Legars.

—Me llamo Juliot Legars.

—¿Qué edad tenéis?

—Veintidós años.

—El capitán Legars tendrá hoy unos cuarenta y cinco años.

—En efecto.

—Jovencito… Me llamo James Fitzroy, lord del mismo título, mando esta nave, tengo cuarenta y ocho años, y aprecio mucho el sentido del humor. Pero en estos instantes apostaría diez contra uno a que uno de nosotros dos está completamente equivocado.

—Vos.

—Bien, bien, bien —resopló Lord Fitzroy—. Soy un caballero, y os lo digo, porque, tal vez lo ignoráis. Me sería fácil haceros colgar por los pulgares, pero prefiero razonar. Recapacitemos. ¿Juráis ser Juliot Legars?

—¿Vos quién sois para tomarme juramento?

—Bien replicado. Buscaré otro medio de navegar en este mar confuso. Si reconocéis que el capitán Juliot Legars tiene cuarenta y cinco años, y admitís que vos tenéis veintidós, ¿cómo, por cien mil pares de bombardas, podéis ser el capitán Juliot Legars?

—El capitán Juliot Legars es mi padre, y he heredado sus dos nombres.

Lord James Fitzroy abanicóse, resopló, sonrió, y por fin, saludó.

—Haber empezado por ahí, señor Legars.

—Escuchad, Lord Fitzroy. Cinco días preso, la piel de mi prometida magullada por cordezuelas son suficientes razones para que os advierta que, si os gustan las apuestas, puedo proponeros una.

—¿Cuál?…

—Diez contra uno, a que lamentaréis haberme importunado.

—¡Juventud, juventud!… —rio Lord Fitzroy—. Tenéis razón, y yo también. No acepto la apuesta. Permaneceréis atado. Podéis andar. Tened la bondad de seguirme a la cámara, y conversaremos.

Echó a andar el comodoro, diciendo, al pasar junto al trinquete:

—Contramaestre Davis, os envié a capturar al capitán Juliot Legars, y habéis aprisionado a su hijo. Por tanto, os cabe excusa. Recibiréis tan sólo quince latigazos. No los presenciaré. Seguís siendo tercer contramaestre, porque, al fin y al cabo… aquí vendrá el capitán Legars.

En la cámara, señaló Fitzroy el banco confortable en que estaba sentada Hermosilla, bajo la vigilancia del teniente Porter.

—Sentaos, señor Legars. Considero superfluo haceros constar que tengo gran interés en conversar con vuestro padre.

—Seguramente él compartirá tal interés.

—Me gusta vuestro humor… algo duro. Os revelaré un secreto, en espera de obtener otro más, importante. Enviaré una paloma a determinado personaje, el cual, en Venecia, procurará informar al capitán Legars, a prudente distancia, que vos y vuestra prometida estáis en rehén a bordo del “Belcorn”, que en está latitud y longitud aguardan la visita del capitán Legars para negociaciones. Transmitid el mensaje, teniente Porter.

Abandonó la cámara el subordinado.

Lord Fitzroy tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Apuesto cien contra uno, señor Legars, a que si estuvierais solo me habríais ya pateado.

—Seguro.

—No lo hacéis porque os interesa la vida de vuestra prometida. Nada os ocurrirá, señora, si vuestro prometido permanece quieto. Y cuando el capitán Legars pise mi cubierta, juro que quedaréis ambos libres, sea cual sea el resultado de mi conversación con el capitán Legars.

Revers d'Estoc sonrió mirando a Hermosilla, que apoyaba la cabeza en su hombro.

—Tranquilízate, Hermosilla. Este… marino afirma que es un caballero. Y para mí es muy honroso estar atado donde hay un centenar de hombres.

Lord Fitzroy entornó los párpados.

—Vuestro padre, joven Legars, tiene fama de cumplir su palabra.

—Fama justa.

—¿Cumplís la vuestra?

—Soy hijo del capitán Legars.

—No hay evasión posible. Cualquier acto de violencia repercutiría contra vuestra gentil prometida, obligándome a cometer una acción poco digna.

—Sé dónde estoy, y sé que el capitán Legars vendrá.

—Pero apuesto a que no sabéis por qué estáis preso.

—¿Cuánto?

—Vuestras manos libres, y ambos libres de presencia ajena, aquí encerrados hasta la llegada del capitán Legars… contra diez latigazos que yo mismo os administraré.

El secreto del capitán Legars lo conocía Revers. Pero confesarlo equivalía a poner en peligro a Hermosilla…

—Renuncio. Supongo que deseáis que mi padre preste servicio en naves inglesas.

—Casi acertáis, joven Legars.

—Tanto os gustan las apuesta que os propongo una. Si dejáis libre de ir a tierra a mi prometida, obtendréis lo que queráis del capitán Legars. Si no, mal inicio tendrá la conversación.

—Hábil sois, joven. Pero cuando tengo triunfos en mano, prefiero conservarlos. Lo que voluntariamente, no haría el capitán Legars, lo hará cuando compruebe que quedáis libres ambos. Y ahora, con la misma paciencia con que Inglaterra ha esperado esta, ocasión, os ruego, señora, esperéis la llegada del capitán Legars.

—Y a vos os respondo, señor —dijo Hermosilla, con dulce entonación—, que si me gustase aceptar, cien contra nada, apostaría a que lo que podríais obtener como caballero, no lo conseguiréis con villanos ardides.

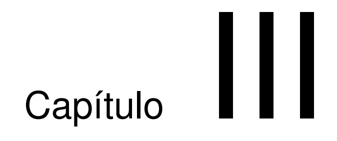
Lívido, Lord Fitzroy se levantó.

—La patria me agradecerá mis sacrificios, señora. Os libro de mi

presencia.

Y rígido abandonó la cámara.

—Tu inesperada apuesta ha sido magnífica, Hermosilla. Y ten confianza, porque el capitán Legars nos salvará con todos los honores.



UNA BARRERA

MARCANTONIO COLUMNA, ante la directa alusión del que semejaba un trovador despreocupado, no se desconcertó, parque era hombre inteligente que siempre estaba preparado a lo más insólito.

—Si el capitán Legars posee un secreto, necio en mí sería pretender arrancárselo.

—Cierto. Necio en vos, y no tenéis aspecto de ello.

—Lo mismo afirmo en lo tocante a Vat Enchier.

—Escuchad, ser Marcantonio. Os podré parecer vulgar, pero excusad la forma y atended el fondo. Todo lo olvido, menos cuando media engaño. El Dux pudo obligaros a entablar amistad conmigo, y tratar de averiguar lo que Juliot Legars nunca dirá a nadie, ni a mí mismo, porque es algo que seguramente sólo aplicará en casos extremos de combate. En otras palabras: si lleváis ideas tunantes, mejor es que nadando regreséis a Venecia, con Vat Enchier.

—Vuestras sospechas no me ofenden, don Luys. Pero tened por cierto que sólo es afán de aventura y amor al mar, cuyos besos salados me placen, lo que aquí me tiene.

—Besos salados… Deseo para vos que no sean los últimos besos. Y dejando esta charla para mejor ocasión, que espero no se presente, me gustaría me informarais de algo.

—A vuestro servicio.

—¿Por qué Venecia, en sus documentos, cita como rebelde condenado a muerte al almirante Colom?

—Cristóbal Colom, de cuna mallorquina, expuso sus ideas a un Dux. Le tildaron de loco. Pero como La Señoría es muy sensata, indicó a Colom que, en el caso de que descubriera ignotas tierras, estaba obligado a pedir dinero y naves a Venecia.

—¿Después de descubrir? La Señoría es excesivamente sensata.

—Posiblemente, lo que pretendía La Señoría es participar en las ventajas que el descubrimiento proporcionaría, si era posible.

—Sin correr riesgos. Queda aclarado este punto, y ahora podremos aclarar otro, ya que aquí se acercan el capitán Legars y Vat Enchier.

En la cámara, entraron los citados.

—El mar nos es propicio, don Luys—expuso Juliot Legars.

—Sentaos, señores. Estábamos conversando acerca del gran almirante que descubrió un nuevo mundo, el preclaro mallorquín…

—Perdón que os interrumpa —intervino Vat Enchier—. Pero siempre creí que Cristóbal Colom era catalán. Su apellido es muy corriente en aquella comarca.

—Hijo de tejedores genoveses se le creyó en un principio —afirmó Marcantonio Columna—. Lo que sí es cierto es que marinos y mercaderes de Génova estaban en constante relación con los Colom catalanes y mallorquines.

—Llamó Savona a una isla descubierta, dando con ello lugar a que se le suponga natural de dicha ciudad genovesa.

—Permitid que aduzca una prueba más a favor del nacimiento mallorquín del almirante. Llamó “Savona” a la isla descubierta, y esta palabra, no es italiana, sino catalana y mallorquina, significando “La Ola”. Y corresponde a una cala situada al oeste de Formentera, entre Cabo Berbería y Punta Gavina.

—Si no hubiera sido español, ¿para qué habría acudido a los Reyes de España?

—Discusión ésta que carece de importancia. ¿Qué importa su cuna? Lo esencial es que fueron españoles los marinos que le acompañaron, españoles los cofres de oro que le permitieron navegar y españolas las naves; por lo tanto…

El capitán Legars hizo un ademán de impaciencia.

—Pido licencia para exponer un punto que nos atañe de mucho

más cenca. En el mar, las ideas se purifican… ¿No es cierto, Vat?

El otro francés sonrió, deslizando una mirada extraña hacia Marcantonio Columna.

—Al parecer, vos, capitán Vat, que lo sois aunque estéis sin nave, conseguisteis libertad de la cárcel veneciana por prestaros a secundar a este caballero a vigilar a don Luys, y a la vez intentar arrebatarme un secreto que morirá conmigo.

—Así es —admitió Vat Enchier—. No os traiciono, ser Marcantonio, puesto que estaba yo muy incómodo en vuestras cárceles.

Luys Gallardo agitó los dedos reclamando la atención del veneciano, que, lívido, fruncía el ceño.

—¿Sabéis nadar, ser Marcantonio?

—Sí.

—Entonces, ahora, que estamos fuera de las aguas dominadas por Venecia, tendré sumo gusto en comprobar que mientras empleéis brazos y piernas en alejaros de esta nave, pensaréis que, por desoír un buen consejo, vais a mojaros la ropa.

Levantóse Marcantonio Columna.

—Tengo que admitir que… es generosa vuestra oferta, señor español. Hubierais podido hacerme ahorcar, por espía.

—Sois un patriota puro, y, por lo tanto, merecedor de todos mis respetos. Y como no dista mucho la costa, fácilmente llegaréis a ella. Buen viaje, ser Marcantonio.

—La suerte os acompañe, don Luys. Pero si con vos estuviera, tal vez lograra convencer a Lord Fitzroy…

—Lo dudo. Creo que a dicho británico sólo le convenceremos con argumentos contundentes. ¿No lo creéis así, capitán Legars?

—En efecto.

Marcantonio Columna, poco después, nadaba vigorosamente hacia la costa.

En cubierta, Luys Gallardo dijo:

—Es notorio que el capitán del “Belcorn” retiene como rehenes a vuestro hijo y a Hermosilla, y a cambio… os pedirá vuestro secreto.

—¡Lo tendrá… y le dolerá! Pero lo esencial es que mi hijo y su futura esposa queden libres de todo peligro.

—Cuidaremos de los detalles.

Alejóse Juliot Legars. Vat Enchier murmuró:

—El capitán Legars siempre cumplió lo que prometió. No me cabe duda de que va a la muerte. ¿Cómo? No lo sé… Pero liberará a su hijo. Tened presente, don Luys, que si desenmascaré los propósitos de ser Marcantonio fue porque siempre he profesado una gran admiración hacia el capitán Legars, el primer gran marino de Francia. Y si me fuera posible, moriría en su lugar.

—Celebro lo que decís, capitán Vat. Cuento con vos, porque… hace poco tiempo que el caballero Revers ha encontrado a su padre, y quedarse sin él ahora mutilaría su felicidad. Inútil advertiros que si los dos conspiramos para lograr que quede burlado el inglés, y con vida el capitán Legars, éste debe ignorarlo.

Al amanecer siguiente, apenas acababa de levantarse Luys Gallardo, resonaron en la puerta de su cántara violentos golpes…

—¡Señor!…

Abrió, para ver a Vat Enchier demudado.

—¡Estamos perdidos!…

—¿Por qué?

—Tres hombres invencibles hay por ahora en Italia: César Borgia, el Gran Capitán y Andrea Doria. Y… la mala estrella ha querido que las naves de Andrea Doria nos cierren el paso, en barrera infranqueable.

En el horizonte, formando un triángulo, y a retaguardia otro, seis naves enarbolando el pabellón de Andrea Doria impedían todo intento de fuga al velero “Dardo”.

Capítulo IV

LA PORTENTOSA PERSONALIDAD DE ANDREA DORIA

NACE ANDREA Doria en Oneglia, pueblo genovés, mientras Europa descubría a un mismo tiempo la pólvora y la imprenta, dos explosivos.

Y cuando los campos de Palia hecha porciones, fraccionada en repúblicas, ofrecíase a las ambiciones de los soberanos que en sus países respectivos habían unificado sus reinos, como atrayentes señuelos para conquistas fuera de sus territorios.

Era un incentivo, poderoso saber que en la península italiana reinaba el desorden, provocado por las continuas rivalidades mantenidas por sus príncipes.

Allí la guerra se había convertido en el provechoso oficio de unos cuantos jefes mercenarios, que tenían mucho más de salteadores de caminos qué no de estrategas.

Como salían a campaña para luchar por un sueldo, henchidos de la esperanza cierta de un botín, los condotieros no exponían demasiado sus personas, ni aun la de los que formaban sus mesnadas.

Se conformaban con las fintas del esgrimidor, gastaban sobrado tiempo en ademanes o amagos, manejo que les permitía combatir

en sus cuerpos, según el campo de batalla donde luchaban, la propensión a la obesidad que una existencia más tranquila les hubiese procurado, dada la afición que, por otra parte, tenían a ingerir en abundancia manjares copiosamente regados con el zumo de las vides de Italia.

De ese agitado y suelto vivir debía producirse una debilitación en el patriotismo, que les llevaría a llamar en su auxilio a los extranjeros, desatendiendo las imprecaciones de un célebre monje predicador, que les tenía amenazados con el hambre devoradora de los leones forasteros.

Savonarola, no obstante sus ternos conminadores, había obtenido poco éxito en sus admoniciones.

En esta época, turbulenta como la que más, nació Andrea Doria, de familia linajuda, que se distinguió siempre en tierra, mar y política.

Muerto el padre, que en empresas guerreras empleó la mayor parte de su fortuna, vióse la madre obligada a vender su feudo.

Andrea Doria era orgulloso, que de casta le venía el serlo. Y así, cuando alguno de sus parientes, sospechando lo que por el ánimo del muchacho pasaba, le ofreció devolverle su parte en la sucesión paterna, rechazó el ofrecimiento con altivez e hizo imposible se realizara aquel rasgo de generosidad familiar.

Anegó el muchacho su destemplanza en el estudio, que no había mejor envoltura que un trabajo intenso para sepultar sinsabores y salvar amargos trances, prometiéndose labrar su porvenir por sí mismo, sin auxilio de nadie, derrochando indomable tesón.

Y aquella inteligencia que en el muchacho despertaba con promesas de éxito que no habría de retrasarse, la consagró a las cosas del mar, atraído como se veía, desde muy niño, por la invitación que para él significaban los términos imprecisos del horizonte, la incógnita del Más Allá oscilando entre agua y cielo cómo lámpara encendida sobre la alfombra movediza del Mediterráneo, cuyas aguas iban a besar los pies, en bulliciosas espumas, de la costa de su ciudad natal.

Sería, marino. ¿Qué otra cosa podía ser, si había nacido y crecido a la orilla del mar? Sería marino, y sobre los senderos innumerables se buscaría la fortuna; lanzándose a empresas que habrían de procurarle aquellos recursos de que tan necesitado se

veía, recursos que le permitieran poder alcanzarlos logras de aquella desatada ambición que le roía las entrañas ya desde muchacho, que creía en él poderosa, absorbente, insaciable, hasta dictarle el norte de su vida.

Era muy niño Andrea todavía, cuando un pariente suyo le llevó a visitar una galera genovesa, que había echado el anda en el puerto de Oneglia.

Sintióse tan a gusto sobre aquellas tablas que le recordaban el vaivén de su cuna, que se empeñó en permanecer a bordo hasta que se hiciera de noche, y aun entonces, para conseguir llevarle a tierra, fue preciso requerir la presencia de su madre.

Sufría su madre intensamente al comprender que cada día que transcurriese le sería más difícil contener en el recinto pueblerino el brío de aquellos nobilísimos afanes de su hijo, el cual se sentía como asfixiado en el ámbito de su pueblo.

Cierto día en que Andrea padecía bajo los efectos de una fiebre cuartana, cuidándole su madre con celo cariñoso, sin apartarse un solo instante de la cabecera de su lecho, hubo de acosarle con palabras tiernísimas dictadas por aquel hondo cariño que por él sentía, para arrancar de sus labios la promesa de que, mientras ella viviese, no le daría el mortal disgusto de dejarla sola, para correr en pos de la aventura.

Cuando, al cumplir Andrea Doria los diecisiete años, dejó su pueblo para emprender la ruta de sus ambiciones, había ya depositado en el seno de la tierra los restos de la que tan entrañablemente le había querido.

El huérfano, al dejar Oneglia para ir en busca de lo que el Destino le deparara, se encaminó a Génova, donde hacía más de media centuria que la República estaba empleando en su gobierno a los destacados gibelinos, carne y hechura del pueblo, aquellos gibelinos que habían sustituido en el rectorado de la cosa pública a los aristócratas güelfos, entre quienes figuraron los patricios de su apellido.

Entre esas manos populares el poder había perdido firmeza, sin hallar ninguna seguridad.

El Dogo, al ser designado para encabezar la República, fue elegido con carácter vitalicio; mas ello no impidió que durara en su puesto tan sólo algunos meses, pues hubo de sufrir las luchas que

envenenaban el seno de un Consejo donde coincidían nobles y plebeyos, los antiguos aristócratas con mercaderes y con artesanos, sin que nunca llegaran unos y otros a ponerse de acuerdo en nada.

Como todo eran facciones y rivalidades, todo luchas y competencias, ocurrió que en el espacio de cuarenta años hasta doce Dogos vieron esfumárseles el cargo antes que su vida, consecuencia de catorce revoluciones.

Cuando el joven Andrea Doria se estableció en Génova, se agitaba embravecido, con más fuerza que nunca, el mar de las luchas ciudadanas, azotado con sin igual furor por el huracán de las discordias civiles.

Eran luchas entabladas para defender intereses rastreros, sostenidas por medio de gentes que se vendían al mejor, postor: condotieros sin otro entusiasmo que el incentivo de la rapiña, ni más anhelo que el del botín, y capitanes de turbas en olvido de cuál era su patria, pues, a trueque de arramblar el mayor oro pasible, aunque estuviese mezclado con sangre de hermanos, no les conmovía la desolación que arrasaba campos y ciudades de su propio país.

Esta clase de guerreros que deshonraban la guerra por ellos seguida, luchaban, como es natural, sin fe, sin ardor, sin decisión, sin continuidad. La victoria no era para ellos derrotar al enemigo, sino seguir luchando, porque mientras había guerra había cosecha de despojos.

Hoy en un campo, mañana en otro, para ellos la guerra no era una lucha corajuda a vida o muerte, sino un deporte en el que se obtenían pingües ganancias, sin exponerse demasiado, pues se contentaban con hacer evolucionar las falanges de sus mercenarios, tan fríamente calculadores como sus mismos jefes, siendo natural el que con aquella manera de enfocar el impulso combativo las guerras aquellas avanzasen bien poco.

Eso era todo cuanto entonces se ofrecía al joven que había dejado su Oneglia natal para labrarse una posición y crearse un nombre.

No descubriendo en sí aficiones artísticas, que por otro camino habríanle también podido conducir a la gloria, si quería ocuparse en el único oficio que le atraía, el de la guerra, no le quedaba otro camino que el de ser condotiero.

Allí, de tener suerte, podría ganarse, y claro está que desprendiéndose de toda consideración a la propiedad ajena, aquella fortuna que sus padres no le habían dejado.

Durante cerca de un cuarto de siglo alquiló el esfuerzo de su brazo armado, unas veces al Papa, otras a uno u otro príncipe italiano de los que dirimían sus litigios con mercenarios, hasta que logró encontrar su independencia, dando y recibiendo golpes…

Juan Andrea Doria, no obstante la nobleza de su linaje, fue condotiero, porque en el tiempo en que su destino le hizo aparecer en la escena italiana, a un joven intrépido, valiente, decidido y ambicioso como él no le era posible ser otra cosa que condotiero, es decir, capitán de forajidos que luchaban a sueldo de un señor, dispuestos a desertar de sus banderas y arrojarse contra él en cuanto apareciera en el horizonte otro señor que les ofreciera mayor soldada.

Más adelante, ya en su poder esa fortuna que perseguía, la que necesitaban poseer los hombres de su condición para escoger los señores a quienes servir, actuaría con más libre determinación.

Pero hasta no ser rico y libre, cerró los ojos a toda inclinación personal y sirvió a quien más daba, al que se mostraba más desprendido y generoso.

Como añadidura quedaba el botín, y éste, siendo poco escrupuloso, era algo muy atractivo.

En esa Italia de fines del siglo XV, mientras se realizaba una profunda revolución, el Renacimiento, una serie de hombres destacados proclamaban el advenimiento del individualismo, que halló su primera personificación en el tirano.

Tipos de desenfrenada energía y voluntad indomable, terribles hombres de acción a los que nada detenía cuando se proponían alcanzar algo.

Y Andrea Doria pertenecía a esta clase de superhombres.

Capítulo V

DUELO DE CABALLEROSIDADES

JUAN ANDREA Doria penetró en Roma en 1464. Era Pontífice Sixto IV, que se había separado de Venecia en la guerra. En este año es cuando Venecia sugirió al Rey de Francia, Carlos VIII, que emprendiera la conquista del Milanesado.

Sirvió en la corte pontificia y pasó después a Nápoles, donde se convirtió en el único hombre fiel al derrotado rey.

Peregrinó a Tierra Santa, y, estando en Jerusalén, los templarios le nombraron caballero.

Al regresar a tierra italiana, halló en ella a Gonzalo de Córdoba, que, llevando en alto la bandera triunfadora de Fernando el Católico, luchaba con éxito contra los franceses, mandados por Gilbert de Montpensier.

En Nápoles, y en la flor de la edad, había muerto el rey niño, que recogiera la difícil y comprometida herencia de un padre huido, pero la casa de Aragón había sostenido el poder en la persona de Federico II, hermano del ex rey Alfonso.

Natural pareciera que, habiendo acompañado Doria a los napolitanos cuando el sol se las eclipsara, los acompañase mejor entonces que lo gozaban a su favor, merced a la presencia de un gran capitán, a cuyas órdenes habría de ser grato luchar al condotiero.

Pero no fue así. Andrea Doria sumó sus esfuerzos al campo francés, a pesar de verlo de capa caída.

Fue indudablemente un testimonio de que Doria quería ser, hasta a contrapelo de sus conveniencias, buen amigo de sus amigos, fiel y agradecido a los que debía favores.

El prefecto de Roma le encargó la defensa de la fortaleza de Rocaguillerma, con los veinticinco arqueros montados, que él había reunido a su costa, para una campaña de tres meses.

Encerrado en la fortaleza con sus arqueros, más algunos soldados allí comprometidos, no sólo se mantuvo en situación de defenderla, sino que, incapaz de estar ocioso aguardando a que le atacaran, hizo multitud de salidas y recorrió los contornos atalayados desde lo alto de los baluartes, para entablar escaramuzas con el enemigo, recogiendo botín cuantioso, y haciendo multitud de prisioneros, que encerró en la torre. Albarrana.

Tanta osadía llamó la atención del Gran Capitán, quien se dispuso a sitiar Rocaguillerma, nido molesto de tan inquieto pájaro.

Allí apenas si contaban con un centenar de combatientes. Informado Doria de que iba a ser atacado por las tropas y la artillería españolas, para saber a qué atenerse respecto a las intenciones del general español, puso en práctica una treta de guerra.

Ordenó a un gascón se introdujese en el campo enemigo, fingiéndose huido del suyo; una vez allí, el espía fue a dar a manos de un capitán Valentino, a quien le arrancó, con artes falaces, la noticia de haber decidido propósito de hacerse con la fortaleza.

Hurtó el cuerpo el gascón-lanzadera. Volvió al punto de donde había salido y dio aviso a Doria de cuáles eran los propósitos que contra él había, por lo que tomó Doria inmediatamente las oportunas precauciones.

No fiaba gran cosa de las gentes que tenía a su lado. Las juzgaba incapaces de someterse a los sacrificios y penalidades que impone todo largo asedio, ineptos para combatir en debida forma, caso de sufrir un asalto.

Tenía que adelantarse a prevenir su más que probable debilidad, comprometiéndoles de fuerte manera.

Para lograrlo empezó por autorizar a las gentes del contorno para que refugiasen a sus mujeres e hijos dentro del castillo, y,

teniéndolos ya allí guarecidos, anunció a los padres y maridos no estar dispuesto a devolver aquella prenda si no le ayudaban en la defensa de la fortaleza hasta el fin.

Pronto se vio Rocaguillerma envuelta por sus atacantes. Los españoles, alborozados, sabiendo cuan escasa era la gente combativa de dentro, se las prometían muy felices.

* * *

Emplazadas las piezas artilleras, comenzaron a llover proyectiles sobre las murallas.

Dada la orden de asalto, el día de San Jorge abría el enemigo una brecha, invadiendo los españoles la plaza.

Andrea Doria se replegó entonces al centro, y, sin amilanarse, descargó sobre los asaltantes una bombarda que les hizo retroceder, bajo copiosa lluvia de piedras.

De nuevo intentaron el asalto al día siguiente, mas hubieron de tropezar y verse detenidos ante defensas alzadas con toda prisa por los sitiados.

Aquel empeño combativo se vio interrumpido entonces por una tregua general, convenida entre ambos bandos contendientes; Había el compromiso de que toda lucha se suspendiese, quedando cada cual sobre el terreno que ocupara al proclamarse la tregua.

Como ya los españoles de Rocaguillerma habían puesto sus plantas en uno de los barrios de la población, en él se mantuvieron sin desalojarlo, y la tregua sirvió para que se estableciese al punto trato de camaradería militar entre las gentes de Doria y los hombres del Gran Capitán, visitándose unos y otros en sus campos respectivos.

Tanta fue la cortesía con que el jefe italiano acogiera a los españoles, que, informado Gonzalo de Córdoba por sus capitanes, puso empeño en conocerlo personalmente, enviando a un jinete suyo para invitarle a pasar a su campo.

Andrea, sin hacerse de rogar, montó inmediatamente a caballo, y acudió al encuentro del jefe enemigo, seguido por algunos infantes de los suyos, toscamente vestidos; iba entre ellos aquel gascón que, tiempo atrás, había Doria utilizado como espía, haciéndole capuzarse con un vaivén dentro del campo hispano.

Gonzalo de Córdoba, al llegar tan de improviso Doria, estaba comiendo en su tienda de campaña. Invitó cortés, al recién venido

para que le acompañase a la mesa, y, aceptada que fue la invitación, le hizo sentar a su lado.

Poco después, mientras los comensales departían amablemente, rodeados de capitanes españoles, lujosamente ataviados, oyóse fuera un alboroto.

Algo inesperado se había producido. Al punto Gonzalo se puso en pie, y, abriéndole calle sus capitanes, corrió a informarse.

Era que el capitán Valentino, habiendo descubierto entre los soldados venidos al campamento español con Doria al gascón que de él se había burlado, había pretendido lanzarse sobre él, puñal en mano, para vengar la injuria, y hubiera dado cuenta del gascón a no interponerse, algunos de sus compañeros de armas.

Reprendió Gonzalo de Córdoba a su capitán por aquel arrebato que violaba las leyes de la hospitalidad y el compromiso de la tregua, declaróle indigno de mandar una compañía de españoles, y le prohibió seguir sirviendo a sus órdenes,

Volvió luego a penetrar en su tienda, donde Doria esperaba, sin impacientarse ni mostrar preocupación, la continuación de la comida, y siguieron comiendo, bebiendo y charlando, como si fuesen dos amigos antiguos.

Preguntó el español al italiano si creía, que su artillería hubiese podido emplazarse en sitio desde donde produjeran sus proyectiles mayores destrozos a los sitiados, a lo que Doria repuso, afectando modestia, mas con cierta ironía, que él era poco ducho en aquello, aunque a la vista estaba el daño producido poniendo los cañones en el sitio que los habían colocado.

Creía, sin embargo, que el daño habría sido mucho mayor si hubiesen apuntado a un bosquecillo que indicó, pues en ese caso las tropas de Doria habrían resultado cortadas.

Por eso había ordenado Doria a sus gentes talar los árboles de aquel bosquecillo, cuya tala dejaba a los españoles a merced de los disparos que desde la fortaleza se les podían hacer, si se les ocurría rectificar y buscar aquel emplazamiento,

Entonces el general español, volviéndose a los suyos, que escuchaban interesados tan curioso diálogo, les dijo:

—¿No os había yo asegurado que el bosque podía facilitar las operaciones de la artillería?

El Gran Capitán colmó de elogios a Andrea. Doria, felicitándole

por su honrosa defensa de Rocaguillerma, asegurándole que el prefecto de Roma le debería por ello una buena recompensa.

Antes de que se separaran, le rogó devolviese un capitán español cogido unos meses atrás, agradeciéndole el buen trabo que sabía haberse dado al prisionero.

No quiso Doria quedarse zaguero en cuanto a cortesías con su huésped.

Apenas estuvo de vuelta en la plaza, dio un caballo al capitán español cautivo, devolvió los anillos y la cadena de oro que le habían quitado al detenerle, y hasta le obsequió, antes de dejarle marchar libre, con una capa encarnada.

Entontes Gonzalo de Córdoba, buen luchador en lances de cortesía, como en asaltos de armas, devolvió a Doria el barrio donde sus soldados se habían hecho firmes, haciendo advertir que no era al prefecto de Roma, sino al defensor de la plaza, a quien se hacía la entrega, como recompensa de tanto valor y de tan noble gentileza.

Después de eso, Gonzalo de Córdoba, sin aguardar el fin de la tregua, levantó el cerco de Rocaguillerma y se alejó con sus tropas.



Mas en aquel instante un paje abrió la puerta...

Capítulo VI

ANTE CÉSAR BORGIA

SEGUÍA, en tanto, ocupando la silla de San Pedro el Papa Borgia español. Libre del asedio Rocaguillerma, Doria marchó a Sora, yendo al encuentro de Juan de la Rovere, al que acompañó en un viaje de inspección por la Marca para visitar los castillos que aun en su poder le restaban.

En Sinigaglia, la mujer del prefecto romano, hija del duque de Urbino, trató al condotiero con los mayores cumplimientos, tantos, que algún historiador ha pretendido que se había enamorado de él, confundiendo con turbios fines el reconocimiento debido a lo que Doria había hecho por su marido.

Después de recorrer con éste las tierras de los Orsini, volvieron de nuevo a donde Juana de Montefeltro estaba.

Fue entonces cuando Andrea Doria se vio encargado de una misión diplomática en la corte de Francia, a la que se trasladó con objeto de reclamar a Luis XII, en nombre de su señor, el pago de algunos subsidios y de una indemnización por los daños sufridos en la defensa de los intereses franceses en la península italiana, comisión en cuyo desempeño Doria hizo gala de su celo exquisito, obteniendo éxito en sus gestiones.

Al regreso de la corte francesa, hallóse Doria con que su señor acababa de ser nombrado capitán general de los florentinos

partidarios de Francia, para defender los derechos de Fermo, en lucha con los de Ascoli.

Puesto a la cabeza de sus tropas, invadió Doria las tierras de los enemigos en las proximidades de Trente, cogió prisionero a un hijo de Stolto, rico magnate de Ascoli, y lo entregó a los gobernadores de Fermo.

Fue a continuación a poner sitio al castillo de San Pedro de Aglio, pero los de Ascoli, inseguros respecto al resultado de su contienda, teniendo enfrente a tan brioso capitán, enviaron al padre del prisionero para que gestionase con Doria las paces, que pronto fueron hechas.

Depuestas las armas, tan a tiempo volvió Doria a Sinigaglia, que pudo asistir a los últimos momentos de su protector, viéndose designado por él, junto con Juana de Montefeltre, para tutor de su hijo y sucesor, Francisco María, siéndolo también el Senado de Venecia y el entonces cardenal Julián de la Rovere, que sería Papa con la denominación de Julio II.

Cerraba los ojos Juan de la Rovere a las miserias del mundo cuando más falta hubiese hecho su permanencia en él para defender sus tierras, ambicionadas y apetecidas por enemigos muy poderosos.

Dejábalas a una débil criatura, y en aquel tiempo —como en éste — los débiles despertaban a su lado, no la piedad, ni el respeto y compasión, sino la codicia.

Menos mal que el moribundo sabía a qué atenerse respecto a esos usos de su tiempo y de todos los tiempos, y quiso, previsor, reunir junto a su hijo los más fuertes valedores de que pudo echar mano, entre ellos la firme lealtad del condotiero a su servicio, tan probada como él mismo, con tan excelentes resultados.

Confiaba en que haría honor a su confianza, y no se equivocó, ciertamente, pues superó incluso la del tío del heredero, cardenal y futuro Papa.

Rudo y terrible era el adversario con el que Doria debía en primer lugar medir sus armas. Nada menos que César Borgia, duque de Valentinos, hijo del Papa Alejandro IV, que trataba de reivindicar sus derechos sobre las tierras de la Romana, haciendo volviesen a poder de la Iglesia, en cuyas manos las pusieran Constantino y Carlomagno, antes de que por negligentes tolerancias

pasasen a poder de los que entonces las poseían.

César Borgia, el Valentino según le llamaban, no se paraba en barras.

Con tal de imponer su voluntad, lo mismo le daba la fuerza que la traición, el asalto que la sorpresa, el puñal o el veneno.

Los Vitellozzo y los Liverotto a sus órdenes, eran menos atrevidos y más confiados que él, y así, por serlo demasiado con quien los mandaba, se vieron un día estrangulados por las propias manos de aquel al que tan ciegamente sirvieran.

En ese camino, y para quitarse estorbos de delante, ni su propia sangre le detenía.

Capaz era de sembrar aquél de cadáveres que llevasen su mismo apellido. La traición habíale dado Urbino, la fuerza Pésaro, y lo que entonces ambicionaba era Sinigaglia, feudo del pupilo de Andrea Doria.

No retrocedió el condotiero ante el arriesgado empeño de plantar cara a tan fiero enemigo.

Esperó al toro, como el propio César recibía a los que derribaba con su espada en las fiestas taurinas del Vaticano.

Hallábase Doria en Sinigaglia con Juana de Montefeltro y con su hijo, cuando le llegaron informes de que los soldados de César Borgia asolaban las tierras de su pupilo.

Primeramente convenció a Juana de que mandase a Francisco María a Venecia, donde el Senado, su tutor, le guardaría, seguro.

Como no estimase en mucho la seguridad que Sinigaglia ofrecía a sus moradores, y no quisiera exponer a Juana, ya que él sólo contaba con escaso número de soldados, logró hacer embarcar en un navío de Ancona, para que a su vez se pusiera a salvo de aquel gavilán que ya giraba sobre la apetecida presa.

Mas ocurrió que una tormenta rechazó la ya emprendida marcha del barco, éste hubo de volver al puerto, y Juana, otra vez en tierra, al castillo.

Entonces, haciendo que la viuda de su señor y una de sus doncellas vistiesen trajes masculinos, acompañadas por un gentilhombre decidido, procuró que cruzaran a caballo las líneas enemigas, huyendo del peligro que de tan cerca las amenazaba.

César Borgia, sin sospechar que lo principal se le había escamoteado, envió un heraldo pidiendo al condotiero la rendición

de la fortaleza cuya defensa tenía encomendada.

Doria, por ganar un tiempo que debía ser notablemente aprovechado por él, respondió que Juana de Montefeltro no podría discutir con César hasta el día siguiente, pues, enferma, había tenido aquel día que purgarse, y guardaba cama.

Como también Doria debía evitar ser cogido, si quería no sólo evitar las iras presumibles del chasqueado, que no serían cosa de broma, más quedar en situación de poder seguir defendiendo a la viuda y a su pupilo, aprovechó las sombras de la noche para escurrir el bulto, huyendo a caballo, con un criado.

* * *

Cuando al día siguiente volvió a presentarse el heraldo, e hizo sonar su trompeta requeridora, la jaula pétrea estaba vacía de sus principales habitantes, y todos los pájaros importantes habían volado lejos.

Cayó el castillo en poder de César Borgia, que no acertaba a comprender cómo los que él buscaba con tanto empeño se le habían escapado por entre los dedos y cuando más seguro estaba de apresarlos.

A salvó las personas fue preciso para Doria salvar los bienes de aquéllas, no ya de César Borgia, sino de las garras de otro personaje no menos experto en estratagemas rapaces que el duque de Valentinos.

Tratábase de Julián de la Rovere, que desplegó toda su habilidad intentando adueñarse de las posesiones de su sobrino.

Pero Andrea Doria supo hacer honor a la confianza que en él había depositado Juan de la Royere.

Había burlado primeramente la astucia de un zorro tan fino como César Borgia, y burlóse luego de la ambición de Julián de la Rovere, no detenida ante las consideraciones de una cuñada sin marido y de un sobrino sin padre.

Más, mientras Doria velase por ellos, Juana de Montefeltro y Francisco María de la Rovere podían dormir tranquilos.

Capítulo VII

DE CONDOTIERO A ALMIRANTE

PRECISAMENTE en aquel momento, su patria, Génova, que había seguido con especial atención los avances de su triunfal carrera de condotiero, necesitó de él para defender sus intereses.

El que había de ser más tarde Gran Almirante de Carlos V y azote de los turcos, recibió el encargo de embarcar hacia Córcega.

Ciertos barones corsos habíanse rebelado contra la Oficina de San Jorge, soberana de la isla de Córcega desde la mitad del siglo XV.

Nicolás Doria, pariente de Andrea, había desembarcado allá y dispersado a los rebeldes de Leca, mas no consiguió efectos semejantes en su ataque subsiguiente contra Ranuccio de la Roca.

Tuvo que dejar el mando militar a Andrea Doria.

Tomado el mando, prosiguió Andrea la lucha con gran decisión, pero cuando, derrotando a Ranuccio, se disponía a echarle mano, hallóse con que el nuevo señor de Génova —lo era el rey francés Luis XII— le enviaba emisarios con la orden de entregar a Ranuccio la orden de San Miguel, siempre que se comprometiese a dejar la lucha y a establecer su residencia en Francia.

Prefirió regresar a Génova, donde el rey de Francia, aprovechando una revuelta popular, había restablecido en ella el poder de los nobles, bajo su soberanía, levantando, además, un

castillo, el de La Brida, alusión, sin duda, a la que necesitaban los desbocados populares.

Después de aquello, las cosas tomaron otro rumbo. Vio Francia reunirse en contra suya la Liga de Cambray.

Muerto Gastón de Foix en la batalla de Ravena, expulsados casi todos los franceses de la ciudad, y nombrado Dogo Gian Fregoso, éste, a su vez, nombró almirante de la flota genovesa a Doria.

Demuestra esto la confianza que se tenía en sus condiciones cuando en manos del esforzado y aguerrido condotiero que se había hecho famoso luchando en los campos de batalla, se ponía nada menos que el mando de las galeras.

Tenía entonces Andrea Doria cuarenta y seis años, y creían que, dada su accidentada vida, que no hacía más que empezar, no se prolongaría mucho ésta, Pero llegó a los noventa y cinco años de edad.

Y aun no alcanzada la mitad de su existencia azarosa, ganada su fama de guerrero en tierra, con la espada, su patria le pidió de improviso que dejara a un lado su carrera para emprender otra nueva y tan distinta.

La de marino, llevándole así el Destino hacia los rumbos que primeramente despertaron su ilusión, en aquellos ya remotos tiempos en que niño, correteaba por las playas de su Oneglia natal.

Debutó en su carrera de marino, que luego habría de ser asombrosa, con un magnífico y triunfal golpe de audacia.

El fuerte de La Brida seguía ocupado por franceses.

Comprendió Doria que en tanto esa ocupación persistiera, Génova no se podría sentir como enteramente libre.

Había que arrojar de La Brida a la guarnición francesa. Pero, ¿cómo llegar hasta el corazón de la fortaleza?

El empeño era difícil de lograr, además de muy peligroso, pues cercado el fuerte en tres de sus lados por mar, y en él defendido, a flor de agua, el acceso por algunos arrecifes, únicamente su parte norte se apoyaba en una costa elevada.

Cercada La Brida por los genoveses, no habían podido, sin embargo, impedir que, luego de forzar la entrada de la bahía y de cruzar la línea de barcos apostados que disparaban sus andanadas sobre él, un barco francés se acercara para socorrer a los sitiados con víveres y municiones.

Había quedado el buque a un tiro de ballesta del fuerte.

Entonces, Doria, entró en acción. Se embarcó en un ligero velero, cuyo patrón se llamaba Manuel Caballo, y era español.

Llevaba consigo una tripulación de hombres experimentados, resueltos y decididas a vender caras sus vidas.

Sabían a lo que se exponían. El viento favorecería su empresa. Desplegadas todas sus velas, el velero, no obstante el fuego incesante de las bombardas francesas, se lanzó contra el barco enemigo.

Apenas zarpados, había dado Doria la orden de que, según los proyectiles enemigos fueran causando bajas entre sus remeros, se arrojaran los cadáveres al agua para reducir lastre.

La ligereza de la maniobra debía dar la victoria, si es que habían de alcanzarla.

Ya cerca del barco enemigo, le engancharon con un arpeo arrojado a su borda, y se lo llevaron a rastras hasta la playa de San Pedro de la Arena.

Al abordarse ambos navíos, la lucha se hizo terrible; el propio Doria fue herido en el pecho por un casco de bala, y gracias a que el patrón del velero, Manuel Caballo, le substituyó en el mando, no fracasó tan arriesgada empresa. El barco fue capturado.

Fue al frente de sus galeras y contra la Media Luna, cuya musulmana barbarie amenazaba a la cristiandad, como el ex condotiero logró hacer su nombre imperecedero y universalmente famoso.

Éste era el marino cuyas naves cerraban el paso al "Dardo”.

Capítulo VIII

DOS VISITAS

—ENVÍAN chalupa de reconocimiento, don Luys —observó Juliot Legars.

—Que reconozcan, pues, que no tenemos intención de hundirles sus seis naves, puesto que somos ocho hombres en un velero.

—Tal vez… será preferible que no hagáis constar mi personalidad, don Luys. Vos sois el capitán y yo marinero.

—Pensé en ello.

La chalupa acercóse al “Dardo”, que, velas caídas, lanzó escala. Subió un hombre ya maduro.

Saludó cortésmente, después de echar ojeada a su alrededor.

—Lugarteniente del almirante Doria —se presentó—. Ruego me permitan revisar el cargamento, o, si lo prefiere, el que capitán sea, acuda a la invitación de mi jefe.

—Con vos voy.

Y Luys Gallardo abandonó la nave, para poco después subir la escala que le dio acceso a artillada nave de numerosa tripulación.

Fue conducido a torreta, donde un hombre magro, de astuta mirada y perfil de ave de presa, vestido suntuosamente, le observaba escrutador mientras se acercaba.

—Es el gran almirante Doria —susurró el oficial.

Luys Gallardo, al llegar frente al célebre marino, replicó a la

cortés inclinación de cabeza del genovés.

—Me llamo Luys Gallardo, señor almirante.

—Os saludo, señor. Soy Andrea Doria. Excusad si os interrogo. ¿De dónde procedéis?

—De Venecia.

—¿Vais…?

—A procurar hallar la estela de nave inglesa a cuyo bordo presos están dos seres que quiero.

—¿Cuántos tripulantes lleváis?

—Siete.

—¿Artillería?

—Dos aceros de nuestros cintos y el seso.

Una tenue sonrisa dilató la boca del genovés.

—Temerario es navegar con tan escasa tripulación por estos mares, señor.

Los ojos del genovés se hicieron agudos al añadir:

—¿Puedo saber dónde mercasteis esa nave?

—La arrebaté a un bandolero corso. Es genovesa por la estructura. Bien, señor capitán trovador, no os molesto más. Seguid rumbo, y buena estrella os guíe.

Y cuando alejábase Luys Gallardo, Andrea Doria dijo, en voz suficientemente alta para ser oído:

—Sólo un español es capaz de navegar con siete más por estos mares, en velero sin artillería.

* * *

De nuevo a bordo, Luys Gallardo, después que las velas hinchadas volvieron a impulsar el “Dardo”, pestañeó al oír a Juliot Legars decir con cohibimiento:

—Confieso haberos engañado, don Luys.

—¿Sí?

—En la cala llevamos barriles de pólvora.

—¿Y bien?

—Si el oficial llega a registrar, no seguimos viaje.

—Mejor que lo sepa ahora, porque así fui con la conciencia tranquila a bordo del almirante.

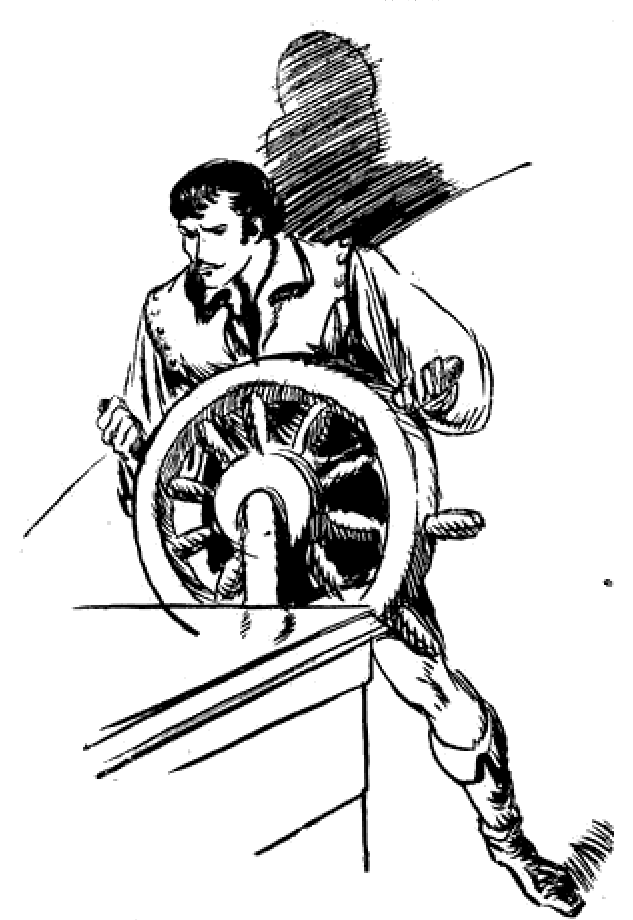
—Esta pólvora… pertenece… forma parte de mi secreto…

—Que os ruego guardéis por ahora, capitán. Lo único que urge e interesa es hallar pronto la estela del “Belcorn”.

—Que tiene que costear por la franja, sudoeste de Mesina.

Cuando se dobló el cabo meridional del tacón de bota italiano, Luys Gallardo sostuvo un conciliábulo privado con Bruyant.

* * *



La ligereza de la maniobra daría la victoria…

Lord Fitzroy, saliéndose fuera de la toldilla, paseaba higiénicamente para hacer la digestión del copioso almuerzo.

A su lado, en silencio, Archibald Porter paseaba sin ganas.

De pronto, Lord Fitzroy habló:

—By Jove! El joven comedor de ranas pagará caras sus insolencias. Se atreve a desafiarme de continuo. Me da la impresión de que es él quien manda la nave.

—Es un loco imprudente, milord.

—Cuando el capitán Legars me dé su secreto, sabrán ellos que nadie se burla de mí. Os hago confidente de que he decidido que Lackpol destroce al muchacho, en leal combate, y si algo queda de él, colgará de mi verga. ¿Sabéis por qué?

—No, milord.

—Porque posiblemente si conoce el secreto, sería labor y tiempo perdido cuanto he empleado en esta tarea.

—Muy acertado, milord. ¿Y la joven?

—Ya veremos. Me gusta… También os lo confieso particularmente, y en lides de guerra y amor, todo está permitido.

La risita del teniente Porter, aduladora, dio la razón a James Fitzroy, quien estimaba que la caballerosidad con franceses y demás "salvajes” extranjeros era tontería.

* * *

—¡Velero sin pabellón! —gritó el vigía del “Belcorn”.

Lord Fitzroy empuñó el catalejo.

Le imitó el teniente Porter.

—Estructura genovesa, Poca gente a cubierta. No hay carenadas ni bocas de fuego.

—Un diosecillo alado sobre un venablo, milord, en mascarón de proa.

—Gracias, viejo. No estoy ciego.

—¡Pabellón blanco! —clamó el vigía.

Una banderola blanca ascendía por el mástil central del “Dardo”.

—¡Artilleros de estribor, a las piezas! —ordenó Lord Fitzroy.

Después aclaró:

—Desconfío.

Asintió el teniente Porter. Una chalupa destacábase de la nave que, con sólo las velas menores, cabeceaba lentamente.

—Sólo dos hombres, milord.

—Uno lleva un instrumento de música. Y por favor, teniente Porter, no me digáis lo que ya veo, sino procurad decirme lo que no comprendo. Van dos hombres, y hacia acá rema uno de ellos. ¿Quiénes son?

—No sé, milord. ¿Dais orden de lanzarles descarga?

—Aun no. Siempre hay tiempo. Veamos primero a qué obedece esta visita que no he pedido.

Pasaron unos minutos. De pronto, Lord Fitzroy exclamó:

—¡Diez guineas a que es el capitán Legars!

—Acepto, milord.

Archibald Porter estimaba imposible que el capitán Legars fuera tan necio como para entregarse a la merced de quien él sabía muy bien era incapaz de comportarse “tontamente” con “salvajes”.

Poco después, pisaban la borda Luys Gallardo y Juliot Legars.

Encuadrados por seis hombres, fueron conducidos hasta la toldilla.

—James Fitzroy, comodoro del “Belcorn” —dijo Juliot Legars—. Me habéis pedido una visita, si no estoy equivocado. Aquí estoy. Soy el capitán Juliot Legars.

EPÍLOGO

LORD JAMES Fitzroy sonrió aviesamente. Había cosas que siempre le parecían increíbles.

Tal, por ejemplo, el que un hombre viniera voluntariamente, confiando en él, a entregarse.

—Os saludo, capitán Legars. ¿Vuestro lugarteniente? —y señaló a Luys Gallardo.

—Mi patrón y armador.

—Bien, bien, bien. Os presento al teniente Porter. Confieso que por una equivocación lamentable, creyendo que los hombres que envié en vuestra busca, sabrían reconoceros, fue apresado vuestro hijo.

—Lo sé. Y por eso he venido dispuesto a todo.

—¿A todo?

—Cuanto querréis, y creo llegaremos a acuerdo.

—Bien hablado, capitán Legars. Vuestro hijo y su prometida, libres de todo daño, están en aquella cámara. ¿Aceptáis una copa de buen vino portugués?

—Después, milord, si a acuerdo llegamos.

Rio el inglés.

—Seguro, capitán. ¿Es necesario que vuestro armador asista a nuestra muy confidencial entrevista?

—Imprescindible.

"Peor para él", pensó Lord Fitzroy.

Equivalía a una condena a muerte el estar alrededor de Juliot Legare, y a tal pena estaban condenados cuantos no pertenecían al "Belcorn".

—¿Sabéis lo que deseo, capitán Legars?

—No.

—Entonces, ¿cómo vinisteis?

—Tras mi hijo.

—¡Ah!… Hace veintitrés años que los Fitzroy, en nombre de su graciosa majestad, buscamos… adquirir algo que vos poseéis.

—No había aún nacido mi hijo, milord.

—Aprecio la ironía, capitán Legars, pero ya os dije que fue puramente casual y afortunado para mí el que vuestro hijo cayera en mis manos. Os advierto que en caso de no llegar a un acuerdo, lamentaría, ante vuestra mirada, ahorcar a vuestro hijo y a su propia prometida. Son medios impropios de un caballero, pero lo haría tal como digo.

“Y lo harás, si no se evita”, pensó Luys Gallardo.

—¿Qué deseáis, milord?

—Vuestro secreto.

—¿A cambio de…?

—Pedid.

—Que queden en tierra mi hijo y su prometida, y dadme promesa de que tendré mando en nave inglesa.

—Permitidme que me ponga de acuerdo con mi teniente, señor.

Alejóse Lord Fitzroy con el teniente Porter.

—Tanta candidez asombra, teniente,

—Confiará en vuestra palabra, milord.

—Para dar mayor verosimilitud, pediré que, a remolque, se considere presa el velero.

—Sí, milord.

—En chalupa, que lleven a tierra a los dos tórtolos.

Porter pestañeó:

—¿Cómo, milord?

—A tierra. Después, ya los recogeremos. No irán lejos. Y así, el capitán Legars hablará.

Fuese Porter, y Lord Fitzroy regresó junto a los dos visitantes.

—En este mismo momento mi teniente da orden de que sean conducidos a tierra vuestro hijo y su prometida. Podremos seguir hablando cuando lo comprobéis, capitán Legars.

Desde donde estaban no eran visibles para la pareja, que entre seis marinos abandonó la nave.

Regresaron los marinos, bogando rítmicamente. En la playa, veíanse abrazados a Revers d'Estoc y Hermosilla.

—¿Bien, capitán Legars?

—¿Tengo plaza de capitán en nave inglesa?

—Palabra de caballero —aseguró Lord Fitzroy.

—Entonces, dejad que mi velero sea llevado a remolque por el vuestro, milord.

—Con gran placer —repuso, íntimamente satisfecho—. Os acompañarán mi teniente y cuatro hombres para facilitar la maniobra.

—Gracias.

—Hasta ahora.

En la chalupa que los llevaba hacia el "Dardo", Legars y Gallardo permanecieron en silencio.

Ya a bordo del velero, el francés díjole a Porter:

—Que libres queden estos dos hombres de volver a tierra —y señaló a Luys Gallardo y a Vat Enchier, que eran los únicos que habían quedado en el "Dardo", hallándose ya en la playa Frambuesa, Vinegra y Respingón, con Bembo.

—Antes debo registrar la cala, capitán —dijo secamente Porter, haciendo una señal a sus cuatro malinos.

—Bien.

Iniciaron el descenso los cinco ingleses. Tras ellos fue Vat Enchier, obedeciendo a otra señal de Luys Gallardo.

Juliot Legars habló con sencillez:

—He prometido revelar mi secreto y cumpliré, pero… debéis iros, don Luys, y lamento tan sólo aceptar vuestra oferta, al decir que esta nave era propiedad mía. El tiempo apremia…

—Lo sé. ¿Puedo saber lo que os proponéis hacer?

—¡Embestir! Estallará el "Belcorn", y conmigo morirá mi secreto. Y bien vale esto la felicidad de mi hijo.

—De acuerdo. Pero… quisiera ayudaros hasta lo último. Vat Enchier también.

—Están los cinco ingleses.

—Creo que no —dijo alegremente Vat Enchier, apareciendo—. Los he encerrado en un sollado.

—Gracias, capitán Vat —sonrió, tristemente, Juliot Legars—. Bien, ahora os explicaré, señores… Los barriles de pólvora están

unidos entre sí por mechas, cuyo, remate encenderé a cinco metros del estribor del “Belcorn”. Embestiré y saltará en pedazos el “Belcorn”…

—Podríamos ayudar en velas, mientras vos manejáis el timón, capitán Legars —indicó indolentemente, Luys Gallardo.

—Con una condición. ¡Cuando grite: “Libres”, saltad al agua!

—Bien.

Abrazó Legars a Luys Gallardo.

—Gracias, señor español. Moriré bendiciendo el azar que gracias a vos me dio hijo y me permitió conservar mi secreto.

Vat Enchier obedeció las instrucciones de Legars.

Cuando ya la proa del “Dardo” enfilaba la banda de estribor del “Belcorn”, distante cincuenta metros, descendieron Vat Enchier y Gallardo de los palos.

El impulso fuerte del viento bastaba…

Juliot Legars al timón, tenía cerca de él, un remate de trenza que retenía varías mechas, eslabón y pedernal,

—Adiós, amigos.

—Adiós, capitán Legars.

Surgiendo de su escondite, Bruyant Lartiguers asestó diestro golpe en la nuca del corsario francés.

Lo asió por los sobacos y, arrastrándolo, lo llevó a balsa preparada que deslizó por popa al agua…

Cumplía órdenes, sin saber la finalidad de todo aquello.

Luys Gallardo pasó al timón. Vat Enchier cogió la mecha, acurrucándose. Desde la borda del “Belcorn”, gritó lord Fitzroy:

—¡Ehoeéé! ¡Desviad proa a sur! ¡Torpes!…

—Me aburría ya la vida, capitán Vat —declaró Luys Gallardo.

—Y yo celebro que el capitán Legars conserve su secreto. Merece ser feliz. Ha sufrido mucho.

—Eso he pensado. Yo era un inútil, y un aburrido. Moriré contento, porque éste será mi último beso.

Un frenesí de agitación hizo patalear a lord Fitzroy cuando tardíamente vio que no podría escapar al embiste del velero, que agigantándose se le echaba encima…

El espolón de proa del "Dardo”, penetró en el navío británico.

Y a la vez, un estruendoso estallido conmovió el mar, levantando cráter de humo y penachos de olas…

Los dos barcos empotrados, saltaron en mil pedazos, despidiendo por el aire seres humanos.

Parecía como si una repentina tromba encrespase furiosamente el mar. La tierra propagó el eco de la horrísona explosión…

* * *

Hermosilla, llorando, trenzaba y entretejía las flores que Bembo y los otros gascones, iban trayéndole.

Revers d’Estoc, abrazado a su padre, trataba de serenarse.

—Fue un digno final de tan caballeroso trovador, padre. Murió matando, y salvando nuestras vidas.

Bruyant Lartiguers, que ahora comprendía, estaba preso de un furor contenido.

Adivinaba que todos prontamente olvidarían al galante aventurero. La vida seguiría su curso, y las aguas tornaríanse quietas, como las que ahora sostenían a flote la corona de flores, que ostentaba compuesta por violetas la leyenda:

"Vat Enchier, Luys Gallardo”.

F I N